

# Ilustracion



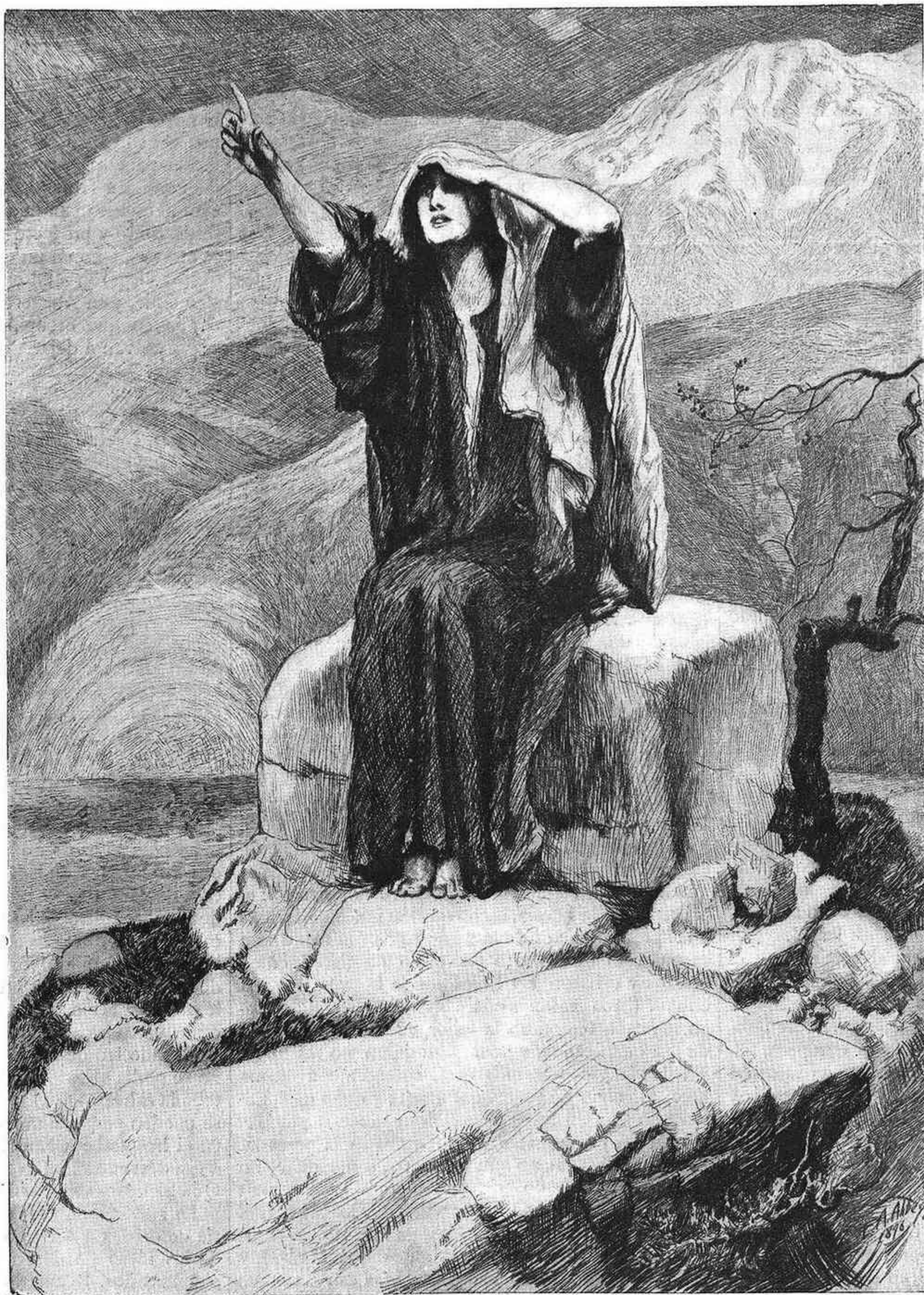
# Artística

Año XX

BARCELONA 28 DE OCTUBRE DE 1901

Núm. 1.035

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MÁS ALLÁ!, dibujo de Edwin A. Abbey

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el cuarto tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la interesante obra **ASTRONOMÍA POPULAR. DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO.**

## SUMARIO

**Texto.** - *La vida contemporánea.* - Regreso, por Emilia Pardo Bazán. - *Balace mortuorio*, por José Cánovas y Vallejo. - *Los guños de la taberna*, por A. Sánchez Gerona. - *Las últimas excavaciones en el Foro romano*, por R. - *Nobleza obliga*, por la baronesa de Wilson. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *El aviador de M. Roze*, por G. Espitalier. - Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.** - *Más allá!*, dibujo de Edwin A. Abbey. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Balace mortuorio*. - *La luz*, cuadro de Juan Llimona. - *El Angel de la Guarda*, cuadro de Justo Ruiz Luna. - *Sin casa ni hogar*, cuadro de A. Hering. - *Últimas excavaciones en el Foro romano*, siete dibujos de Amato. - *Vendedora de pescado*, cuadro de C. M. Baer. - *La hechicera de Endor*, cuadro de Kunz Meyer. - *Habib-Ullah Khan*, el nuevo emir del Afganistán. - Plancha de bronce regalada por la Academia de Ciencias de Prusia al ilustre Dr. Virchow, obra de Bruno Kruse. - Figs. 1 á 5. El aviador de M. Roze.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## REGRESO

Los que habían salido de España arrojando el quebranto de los cambios á 43 por 100, vuelven á sus hogares con provisión de indumentaria de abrigo. Es esta época del año muy poco á propósito para estarse fuera de casa, y hay que exclamar: «A tu tierra, grulla, aunque sea en un pie.» Con gusto se busca el calor del fuego de la chimenea ó del modestísimo brasero; con gusto se recibe en la cara el vaho de la caliente sopa; es simpático el crujir de la castaña en la lumbre, el chirrido de la sartén donde se fríen las magras y las patatas; complace la gruesa alfombra que acaricia el pie, la cortina pesada que intercepta el aire, el burlete que resguarda la ventana, el panel de guata que forra el *collet*, la manta de piel sacada de sus prisiones y que al aire pierde el olor pegajoso de las drogas contra la polilla; el aroma del te brotando sutil de la tetera vibrante por la ebullición del agua recrea el sentido, y en sus ligeras columnas de humo perfumado nos parece sentir que penetra en nuestro espíritu el alma cariñosa, confidencial, del invierno...

Al volver á España, acuden más vivas las memorias del siempre hermoso y calumniado París. Cuando salí en dirección á la capital de Francia, iba asustada por los malos augurios que todo el mundo prodigaba. Apenas llegué allí, me convencí de que no se debe hacer caso de aves agoreras.

¿Qué calor asfixiante era ese, que había llegado á infundirme terror? Por el camino y durante mi residencia en la gran ciudad, disfruté de una temperatura que para tal época del año pudo llamarse deliciosa. A la sombra, diez y siete grados. El cielo hallábase velado por nubes finamente grises, y frecuentes tormentas, que descargaron en lluvia, humedecieron el aire y regaron el suelo, evitando las molestias del seco polvo. No hacía más calor que en Galicia, y las insolaciones de las semanas primeras de julio, que existieron realmente, las he oído atribuir, en gran parte, á travesuras del espíritu parral.

¡Qué diferente París este año, si recordamos el pasado, la Exposición y su bullicio! Aunque las grandes arterias, los bulevares y la avenida de la Opera, se vieron atestadas de gente, oyéndose resonar, como siempre, todos los idiomas europeos, faltaba la algazara y el zumbido de colmena inmensa que llenaban á París, aquel loco y vertiginoso ir y venir de coches, ómnibus y tranvías disputados á empellones, aquellos gritos y pregones de *tickets* y álbumes, la fiebre ardorosa de la feria del mundo.

Lo que sí puede afirmarse es que París, en verano, se queda sin cerebro. Escritores y artistas, aprovechando las vacaciones, se apresuran á buscar en la aldea, en las playas, en Suiza, en las pálidas orillas del mar del Norte, el descanso y el cambio de vida que exige la tarea intelectual. Cuando intenté ponerme al habla con mis eminentes amigos, tuve que hacer excursiones por las cercanías, á las aldehuelas encantadoras que el Sena enverdece con el frescor de su ancha corriente pacífica.

La impresión de tranquilidad, de *pueblo de provin-*

*cia*, que París causa en verano, se caracteriza al internarme en los barrios de la otra orilla del río, llenos de iglesias, de imprentas y librerías, de tiendas de anticuarios y de objetos religiosos, y de establecimientos de enseñanza. La idea del París endiablado, orgiástico y crapuloso - idea inexacta, porque la capital de Francia es un foco de activa labor, de sabia economía y de vida metódica - desaparece allí por completo. Las calles cercanas á San Sulpicio, familiares para mí, estaban en agosto semidesiertas. Las comadres del barrio, fruteras, verduleras, hueveras, vendedoras de leche, nata y quesos, polleras, carniceras, salían á la puertas á charlar unas con otras. Cruzaban numerosos eclesiásticos, con paso discreto, sin taconear, y las monjas, por parejas - hermanas de la Caridad, Carmelitas vestidas de burel, hermanas de la *Sagesse* con su arcaico traje y tocado procedentes del siglo XVII - se apresuraban, activas y silenciosas, como el que lleva un objeto y no se ha de entretener. En tales barrios, los nombres de los hoteles dicen á voces que nos encontramos en el riñón del París católico: veo el *Hotel del Vaticano* - donde me alojé años hace, y donde en cada habitación había un retrato del papa, una estatuilla de la Virgen, una pila con agua y boj bendito. - En estos hoteles, apeadero de obispos y sacerdotes cuando vienen á París, no se oye el vuelo de una mosca; la puerta se cierra antes de las diez, y casi no es lícito ir al teatro; sería alborotar el cotarro recogiendo á horas que escandalizan.

Lo único que animaba esos barrios eclesiásticos y docentes el día en que los recorrí, era la distribución de premios en colegios y escuelas de niñas. Era la hora en que salen los papás y mamás, dilatado de gozo el semblante, con sus chiquillas laureadas. Debe de prevalecer un criterio de suma indulgencia en lo que toca á recompensar, porque era un desfile interminable de chiquillería, de risueñas y lindas *gamine*s de cinco á quince primaveras, coronadas de laurel verde alternado con rosas blancas, ó rosas blancas sólo, y llevando bajo el brazo los libros de vistosas encuadernaciones. A la puerta de los colegios formábanse grupos para verlas salir radiantes de gloria y para felicitarlas. Escena provinciana pura: las tenderas, las buenas mujerucas de los puestos, el peluquero, el viejo que laña porcelanas rotas, los del orden, los cocheros simones, apiñados en la acera, alrededor del colegio, en espera de las triunfadoras, que asomaban muy peripuestas, de rosa, azul ó blanco, hechas unas macetitas de flor...

¡Y ahí tenéis un barrio parisiense! - No es la primera vez que noto, en los países muy civilizados, esta especie de candor bonachón, fácil y alegre, este paladeo cariñoso de los sabores de la vida sencilla y modesta, indicio de salud moral. Quien va á París á buscar corrupción, la encuentra; corrupción la hay en todas partes. Quizá sería más difícil, en otras ciudades, descubrir la moderación de costumbres y la aceptación de la ley del trabajo que aquellos barrios delata. No conozco en Madrid zona tan laboriosa ni de tal sosiego. Otra cosa que siempre me sorprende de un modo grato, es la cordialidad y la cortesía en las relaciones entre gentes que no se conocen, ni han de volver á verse en la vida. No sería aquí donde pudiese arraigar, ni un minuto, la incultísima y necia guasa del *jejeeh!* que, según me escribieron, hizo estragos en nuestra villa y corte.

A fuer de gente trabajadora, ¡con qué alma se divierten, cuando tocan á divertirse, los parisienses el domingo! Por supuesto que el cierre es universal: el precepto de la iglesia, las reivindicaciones socialistas y las prescripciones de la razón se dan la mano para asegurar el descanso á los que cumplieron como buenos y echaron los bofes por la boca la semana entera. En las mismas oficinas de Correos, el domingo se acaba temprano la labor, se cierra la taquilla de los certificados, y peor para quien no madruga. En Madrid compramos preferentemente á última hora, al volver de paseo, entre siete y ocho de la noche. En París, á las seis se cierran muchos grandes almacenes y á las siete se ha acabado la jornada. Los dependientes no son de hierro y necesitan, no algún esparcimiento, ¡siquiera tiempo para comer! En los *restaurants*, se sirven temprano los almuerzos y comidas. París vive, funciona, se levanta, se recoge, una hora á hora y media antes que Madrid, y guarda el domingo estrictamente. Más estrictamente ya no lo guarda, según noticias, Londres; y puede afirmarse que en Europa es pacto general el de permitir que el domingo repose la gente, se solace, eche al aire una cana. Y del barrio católico de San Sulpicio al travieso barrio de los estudiantes, el júbilo del domingo os envuelve en oleadas de risas, al paso de grupos de gente de juvenil buen humor. El domin-

go los trenes salen atestados, las aldeas se inundan, por los museos no se puede andar, los parques públicos, los magníficos parques tan frondosos y bien cuidados de París, son teatro de los juegos y retozos de los niños; y sirven de asilo á románticas parejas, que de lunes á sábado midieron tela ó despacharon lazos y plumas detrás de un mostrador. Y nadie se mete con nadie, á nadie le importa un pito nadie, como no sea para mostrarse amable y servicial, cuando el caso lo pide.

Las ceremoniosas fórmulas de que solemos hacer chacota, el *pardon*, el *merci*, el *s'il vous plait*, el decir *señor* y *señora* y *señorita* hasta á los mendigos, van poco á poco tejiendo la tela de la buena crianza, del respeto mutuo, y estableciendo cordiales relaciones entre la humanidad. Confieso que en este particular, volver de París á Madrid es salir de un salón y entrar en una tasca. El pueblo de Madrid alardea de lo contrario: de insultante, de precoz, de insolente, de fiero y brusco. Diríase que cree humillarse con un rasgo de cortesía, y que juzga ensalzarse con una especie de erizada y provocativa hostilidad contra todo y todos: las damas, los coches, la vejez, la fealdad, la hermosura, la riqueza..., cuanto se diferencie de su manera de ser toscamente castiza...

Literalmente acribillado se hallaba París de cartelitos en que se recomienda no escupir en la calle, para combatir la tuberculosis; y desde que aparecieron, en efecto no se escupía. La sucia costumbre va á desaparecer, como había desaparecido, desde mediados del siglo pasado, en esa la pulcra Holanda, de donde vuelvo. Sea ó no eficaz para disminuir los estragos de la enfermedad horrible, ¿quién negará que es limpio y sensato no escupir? ¿Qué necesidad hay de escupir? Puede vivirse sin haber escupido una vez sola. Lo repugnante de la acción debiera bastar para que estuviese prohibida por el código del aseo. En Holanda, creo que en Amsterdam (es cuento que no garantizo), parece que cierto francés se descuidó y proyectó saliva, no en la calle (¡quién se atreva!), sino en un canal. El asombro y la indignación llegaron á tal extremo, que del suceso hizo efeméride, y en Amsterdam suele decirse: «Eso pasó el año en que escupió el francés.» Pues bien: los franceses van á dejar de escupir; ni por el colmillo siquiera.

El caso de Blanca Monnier, la secuestrada de Poitiers, célebre proceso que se ha fallado estos días, daba que hablar y seguirá dando en Francia, porque la pasión política, que levantó la polvareda Dreyfus, sopló también con su habitual violencia sobre esta causa. Fuese clerical ó fuese rojo, el hermano de la secuestrada es un hombre odioso, aborrecible, por la misma inercia que como excusa suya se ha alegado en los debates. Nuestro derecho penal castiga *al que hace*, pero no tiene bastante arraigado el concepto de que se es muchas veces criminal *por no hacer*. Monnier vió á su hermana en el más triste y horrible estado y *no* lo impidió, *no* protestó, *no* apuró todos los medios hasta sacarla de él. Por eso *no* debe ser perdonado.

Existen en el mundo seres afectados de cobardía moral, que, incapaces de cometer una maldad por cuenta propia, son también incapaces de impedirla. Una voluntad se les impone: si es mala, se les impone para el mal; no saben resistirla oponiéndole otra voluntad templada para el bien. La madre, en casa de Monnier, por lo que del proceso se deduce, dominaba á sus hijos: á Blanca la estorbó que se casase, y después la encerró en una habitación, sin luz, sin aire, sin abrigo, sin ropa, sin sustento, dejándola revolcarse en su propia inmundicia; á Marcelo le obligó á ser cómplice mudo y obediente de este crimen, y por consecuencia, no menos criminal.

Cuando leo que el abogado de Monnier dice que no se podía atender y limpiar á Blanca, porque ocultaba la cabeza entre las sábanas, me pregunto: ¿como se pueden emplear tan débiles argumentos? ¿Acaso en el hospital no han lavado, desinfectado, cuidado á esa desventurada, lo mismo que á cualquiera otra? Que hiciese su familia lo que en el hospital se hizo.

La sentencia de Monnier me parece benigna. Sería de desear, y sería buen ejemplo para la difusión de las ideas de derecho y humanidad, que penase algunos años. Recuerdo que un día vi á una madre baldar á golpes á su hija, criatura de corta edad, y como yo interviniese tratando de escudar á la chiquilla, la arpa me dijo: «¿Qué tiene que ver nadie con esto? Soy su madre.» Es preciso que cunda el convencimiento de que sobre los hijos no hay derecho de vida y muerte.

EMILIA PARDO BAZÁN.



BALANCE MORTUORIO

DIFUNTOS PARLANTES

N.º 13.013. — Gustavo Tenorio. — Ismael Syloc

N.º 13.013. — ¡Ruido de vivos!.. ¡Muertos habemos! Aquí no viene un alma como no sea para dejar al prójimo segurito bajo tierra. ¿Será gente de hotel... con verjita y jardincillo? ¿O vendrá á esta manzana de nichos numerados?... ¡Anda!.. ¡Si son dos á un tiempo! ¡Esa gripe nos va á poner como sardinas en banasta! En tres días se ha ocupado todo mi piso. Ya se sabe: en llegando los fríos de Pascua, como sople un poco la gripe, se llena esto de Isidros. ¡Vienen á bandadas! Mira uno á derecha é izquierda y no ve más que calaveras nuevas. ¡Y estos dos vienen aquí! ¿A que somos vecinos?... ¡Qué distinto pelaje! El que viene delante, buena caja y mal cortejo. El de atrás, coronas, séquito escaso y distinguido, caja modesta... ¿Serán conocidos? ¡A ver!.. El uno trae lápida hecha: los herederos han sido previsores: habrá sucumbido tras penosa enfermedad y estaría descontado el desenlace... Se llama..., se llama... ¡Ismael Syloc! ¡Vaya un peje!.. ¿Quién será el otro? Dice en las cintas de las coronas: «A Gustavo Tenorio su...» ¡Gustavito!.. ¡Qué atrocidad! ¡También es casualidad! ¡El usurero y el perdulario! Dios los cría y ellos se juntan.

ISMAEL. — ¡Valiente robo! ¿Y á esto llaman sepolio? ¡Expolio debía llamarse! ¡Enriquecer á cuatro bribones por venir á rastras de seis pencos matalones entre hachas apagadas! Ya empiezan mis hijos á hacer locuras. Con una caja como la que trae ese otro había bastante. ¿Quién será?... ¿Qué veo? ¡Gustavo! ¡El!

GUSTAVO. — ¿Quién me nombra?... ¡Tú! ¡Ismael! ¡Syloc!

ISMAEL. — ¡Bienvenido, Gustavo!

GUSTAVO. — ¡Mal haya mi suerte! ¡Demonio de hombre! ¿Ni aquí me veré libre de tu odiosa presencia?

ISMAEL. — Repórtese el amigo, que aquí estamos en el reino de la paz. Seremos vecinos. ¿Lo oyes?... Te tuteo... Esta es la región de los iguales.

GUSTAVO. — ¿Iguales tú y yo, perro judío? ¡Desperdicio del infierno! ¿Iguales? ¡Calla! ¡Miserable! ¡Zorro maldito!

ISMAEL. — Déjate de motes: fuimos lo que fuimos: hoy somos... dos que fueron.

GUSTAVO. — ¡No! Tú no eres nada, pero nada fuiste. Has muerto y no has vivido.

ISMAEL. — ¡Más que tú! ¡Llegué á viejo! ¡Mejor que tú! ¡Llegué á rico!

GUSTAVO. — Sin pasar por la vida. No has vivido. No es vivir tener el alma á pan y agua, el cuerpo en abstinencia, las uñas en campaña... Te casaste por acomodo, ¡no has amado! Fuiste fiel por economía, sin sacrificio de pasiones, ¡no has sido virtuoso! Tastaste los garbanzos, ¡no has comido! Bebiste con cuenta-gotas, ¡no has bebido! Corriste tierras por lucro, sin deleite, ¡no has viajado! Tu alma en cadena perpetua no ha tenido un día de libertad. Yo amé; me amaron. Odié; me odiaron. Herí; me hirieron. Vi; me hice ver. Oí; me hice oír. Bebí, gocé, jugué, me adularon, me sedujeron, seduje, viajé, reí, me robaron, ¡me robaste!

ISMAEL. — Nada tuyo vino á mis manos sino cuando ya era mío. ¿Conque no he vivido? Tú al nacer tenías bienes: los perdiste. Yo nada tenía, y gané lo tuyo, ¡y algo más! ¿No he vivido? ¿No los llamabas tus bienes? Los hice míos. ¿No he vivido?

GUSTAVO. — Dime del mundo lo que sabes, lo que viste, lo que gozaste. Te ofreció Naturaleza el banquete de la vida y te pusiste á dieta. Yo me harté.

ISMAEL. — A costa de tu hacienda.

GUSTAVO. — ¿Qué importa? Placer era perder un bien que traía otro bien.

ISMAEL. — Yo llegué á Madrid con un zamarrón de pana, y mi tío que era propietario me recogió en su casa, más que á título de pariente, en calidad de fámullo. Yo acompañaba á sus hijos al colegio, usaba sus harapos y les limpiaba el calzado. Viví con la esperanza de emanciparme. Y he muerto teniendo á mis pródigos y arruinados parientes en mi casa, al servicio de mis hijos, limpiando las letrinas. ¿He vivido?

GUSTAVO. — Si vivir es atormentar al prójimo, sí. Pero nada grande, nada dulce, nada piadoso ni bello has hecho en la vida: ¡el amor, el arte, las letras, para tí!..

ISMAEL. — ¡Palabrería! Amor tuve á tus bienes; arte me dí para ganarlos; tus letras me enriquecieron; hice el poema de mi fortuna y el drama de tu ruina.

GUSTAVO. — ¿Ruina? ¿Pero qué es arruinarse? ¿Perder una viña por beberse el vino de otra? ¡Es un cambio! ¿Qué te produjo el majuelo de Torrecilla que me embargaste?

ISMAEL. — Cincuenta duros al año.

GUSTAVO. — Cincuenta días que estuve yo en París á cuerpo de rey. ¿Qué gusto le sacaste á mi dinero? ¡Nada! Sales del mundo sordo, mudo, ciego á todos sus encantos. Que te examinen, y si dices que has estado en el mundo, te tendrán por impostor. Naciste con un par de orejas... dignas de mejor causa. Han perdido el tiempo miserablemente: se pudrirán ahora sin haber servido para nada. Yo he oído las maravillosas orquestas de Berlín, París, Milán, Londres y Madrid; he oído á María Sass y á la Lucca, á la Nilsson y á la Patti, á la Sembrich y á la Donadío, á la Nevada y la Darclée, á la Vand-Zandt y la Kupfer, la Staal y la Pasqua, la Elena Sanz y la Calvé; á Tamberlik y á Stagno, á Gayarre y á Masini, Tamagno y Marconi, Selva y Uetam, Duprez y Kasman, á Juan Brea y al Mochuelo, á...

ISMAEL. — Por oír tanto tú, pude oír yo el gruñido de tus pjaras, el balido de tus rebaños, el cacareo de tus corrales, los mugidos de tus repletos establos.

GUSTAVO. — Y no he sido espectador externo del teatro: he pisado las tablas, he penetrado sus misterios.

ISMAEL. — Yo también: para pagar á alguno de esos divos me llamaban los empresarios; y vez hubo en que tu dinero, por mi mano, iba á las manos de tus caros ruiñesores.

GUSTAVO. — ¿Pues y el piano tocado por Rubinstein, por Plante, D'Albert ó María Guerra? ¿Y el violín de Sarasate? ¿Y las místicas meditaciones al órgano de Saent-Saens? Tú no has sentido; no has provocado con el bello artificio de la representación escénica las emociones del corazón humano, en su grandiosa lucha terrenal. No has disfrutado viendo en escena tus propias pasiones (¡pregúntales por tí mismo á Shakespeare, á Molière, á Balzac!), ni sen-

tido noble repulsión por los ajenos vicios. Toda mi alma, iluminada á giorno por la luz de la inteligencia ajena, vivía una vida mejor ante la Ristori, la Marini, la Sarah Bernhardt, la Duse, Lucinda Simoes, Teresa Mariani, la Teodora, la Matilde, la Boldún y la Guerrero; Rossi, Novelli, Coquelín, Calvo y Vico...

ISMAEL. — Mientras tú veías á esos actores, mis actuarios representaban una obra más real: la de aliviarte de tus bienes.

GUSTAVO. — Pero hay otro escenario grandioso: aquel en que se desarrollan y hablan las pasiones de los pueblos. Y yo tomé asiento, por un puñado de miles, en el gran teatro de la política, y oí hablar á mis compañeros de la Cámara, Castelar y Martos, Salmerón y Pi, Cánovas y Ayala, Romero y Pidal, Silvela y Maura, Nocedal y Canalejas.

ISMAEL. — A dos ó tres de esos les hice hablar por mi cuenta en el foro; y hablaban bien, sí, porque me ganaron los pleitos.

GUSTAVO. — Yo fuí testigo de las mejores proezas de Salvador y los dos grandes Rafaelés; he visto pelear á Irún y Portal, Elizegui y Samperio, el Manco y el Zurdo, Pedrós y Gamborena, Muchacho y Tandilero, Chiquito de Abando y Americano; he visto jugar al billar á Vignaux y Garnier, á Fournil y Goffart; tirar á las armas á Marignac y el Greco, á Pini y á San Malato; he visto inaugurar casi todos los teatros, circos y frontones de Madrid.

ISMAEL. — Yo asistí á la inauguración de la nueva casa de los Juzgados.

GUSTAVO. — He bailado en los más antiguos palacios y en los más coquetones hoteles del gran mundo; he comido en la *Maison dorée* y en Llardhy, en Botín y en todos los alegres figones madrileños; he patinado en hielo y en tablado; he corrido liebres; he montado en bicicleta, subido en globo, lidiado becerros, cazado gamos, y tocado la guitarra; he tirado al pichón con Alfonso XII, jugado al tresillo con Martínez Campos y Navarro Rodrigo; subido á los Alpes y á la torre Eiffel; me asomé al Niágara, he cruzado el mar, bajé á una mina, y me saquearon en Monte Carlo; he visto el entierro de Gambetta y el de Víctor Hugo, el jubileo del Papa, la botadura de tres cruceros, la apertura de cuatro vías férreas, las pruebas del *Peral*; he asistido á cuatro exposiciones generales, fuí á Melilla y á Cuba por sport.

ISMAEL. — Yo no me salí de mi órbita: de mi casa al Juzgado; del Juzgado al Oriental.

GUSTAVO. — ¡No se refán poco de tus vencimientos el Borgoña y el Rhin, el Graves y el Sauterne, el Madera y el Chianti, el Jerez y el Burdeos, el Priorato y el Montilla, el Oporto y el Champagne. Toda la saliva que me hacías gastar para sacarte los cuartos, la reponía con buenos vasos de Munich y Rotterdam, y los malos trágos que me costaba tu avaricia, se compensaban con los sorbos sublimes del Martell *carta blanca*.

ISMAEL. — A mí me daban con el café casi medio vaso de ron, que no sería tan malo cuando le resistí treinta y seis años.

GUSTAVO. — Yo alterné con todas las aristocracias.

ISMAEL. — ¡Bah! ¡Yo las tuve á mis pies! A ti los condes te daban la mano. Ante mí cayó de rodillas, suplicante, el conde de Dos Bledos, el ilustre des



cientiente de aquel que estuvo con Felipe V ó VI en la batalla del Salado...

GUSTAVO. — Genios ante los cuales se postrará la historia me otorgaron su amistad. Zorrilla...

ISMAEL. — ¡Uff! Yo le presté diez duros sobre una pluma de oro.

GUSTAVO. — He vivido.

ISMAEL. — Has danzado.

GUSTAVO. — Yo no quise enmendar la plana á la Naturaleza: me encontré con un mundo para mis sentidos y con unos sentidos para el mundo; establecí la comunicación y... ¡he vivido! Porque todo cuanto antes dije, palidece ante la suprema delicia de la vida, ¡el amor! Estrellas del arte, tiernas doncellas, mozas garridas, damas ilustres; amores platónicos, llorados, sufridos, inaccesibles; dulces simpatías entre almas afines que se hablan con los ojos; sabrosos desmayos..., victorias lisonjeras del amor propio comprando en puja ruinosa golosinas sensuales...

ISMAEL. — ¡Vaya unas golosinas! Un chocolate que te dió en París una ex golfa compatriota nuestra, te costó...

GUSTAVO. — Diez mil francos.

ISMAEL. — Eso diste tú, firmándome treinta mil.

GUSTAVO. — ¡Calla, inmundo vejete! ¡No blasfemes de la vida! Yo he vivido, tú no.

ISMAEL. — Pero al cabo hemos muerto los dos: total igual. Nada queda de ti en el mundo.

GUSTAVO. — Queda mi nombre.

ISMAEL. — Le comprarán mis hijos si les gusta.

GUSTAVO. — Tantos nombres podrán comprar, que den en tierra con todo...

ISMAEL. — Otros lo recogerán: nada se pierde.

GUSTAVO. — ¡Pero imbécil! ¿Y para eso te has tomado la molestia de arruinarme? ¡Pasarlo mal en vida y ahora derecho al infierno!

ISMAEL. — Contigo, hermano.

GUSTAVO. — Que me quite el diablo lo bailado.

ISMAEL. — No; pero yo iré al montón anónimo de los condenados vulgares; tú á la sala de distinguidos: Satanás te hará los honores de su casa, reservando para tus gustos delicados tormentos *extra*, suplicios... *carta blanca*. Y... ¿quién sabe? Tal vez por atormentarte más te pongan á mi servicio...

GUSTAVO. — Es decir, á tu tormento. ¡Oh! Así el infierno sería la gloria para mí. ¡Todo el fuego me parecería poco!..

ISMAEL. — ¡Ah! ¡Sí! Lo creo. Serías capaz de arruinar al diablo. Y... ¡mira! ¿quién sabe? ¡No sería mal negocio arruinar al diablo y... quedarse á retro con el infierno!

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

(Dibujo de Triadó.)

### LOS GUIÑOS DE LA TABERNA (\*)

Era una de las noches de mayor concurrencia en la taberna «Victoria house», próxima á Baracaldo, en la margen izquierda de la ría de Bilbao.

A ambos lados de ésta, hay lo menos dos docenas de tabernas ó *cabarets* ó *bar* ó como se les quiera llamar, con el mismo rótulo.

Semejante título constituye una especie de adulación á los tripulantes de los innumerables barcos ingleses que atracan en el puerto de Bilbao; y la abundancia de las «Victoria house» prueba de modo indudable que los hijos de la verde Erin son los que en mayor número arriban á los muelles ó, por lo menos, que hacen ellos solos más gasto de wiski, de ginebra y demás licores espirituosos que todos los hijos de todas las demás naciones juntas, por verdes que sean.

La variedad de tiendas de vinos del mismo nombre causará la incertidumbre del lector que quiera averiguar en cuál de ellas sucedió lo que voy á contar, y le pido mil perdones de no dar más detalles por los que pudiera venir en conocimiento de la casa

(\*) Del libro próximo á publicarse «Cuentos raros.»

en cuestión; pero obrando así, evito que algún otro, delicado de estómago ó exacerbado de nervios, deje de tomar en ella su vaso de cerveza, acordándose de la desagradable escena... Por nada del mundo quisiera causar el menor perjuicio al sucesor de Perico Fariseo.

Ya se me ha escapado el nombre; sin embargo, me tranquiliza pensar que ha transcurrido bastante tiempo desde el suceso que más adelante se contiene, y que este dato no puede servir á ningún curioso como punto de partida para practicar averiguaciones fructuosas; porque si son muchos los Pericos que hay en el mundo, no están en menor número los Fariseos. Y vamos al caso.



LA LUZ, cuadro de Juan Llimona. (Salón París.)

Decía que en la taberna de Perico Fariseo era grandísima la concurrencia; cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que era sábado, y por consiguiente, las bolsas de los obreros guardaban bastantes monedas de cobre, amén de alguna que otra blanca, arrebatadas á la vigilancia de la económica esposa.

Además, la temperatura no convidaba á pasear por la plaza, como en las noches de verano. Una niebla espesa negra y helada había extendido su sombra durante todo el día desde la «invicta villa» hasta el Cantábrico, obligando á los vapores á marchar con grandes precauciones para evitar los choques á que podía dar lugar la densidad de las brumas, que hubieran impedido ver una catedral á diez metros.

El quejido de las sirenas y los gritos de los barqueros habían unido sus notas lúgubres á la respiración ensordecedora del *bessemer*, al titánico hervir del hierro en los *altos hornos* y al retemblar del suelo, batido por los gigantescos mazos de los talleres.

Según avanzaba la noche, iban amortiguándose los ruidos de la ría y de la población, imperando sólo el enérgico latir de la fábrica, donde se extraía y modelaba el hierro, del *mineral* que los volquetes vaciaban incesantemente desde el borde de los hornos que, como los cubos de un castillo encantado, lanzaban llamaradas violáceas iluminando á intervalos la atmósfera y tiñendo las aguas con resplandores cárdenos.

Dentro de «Victoria house» apiñábanse los bebedores alrededor de las pingosas mesas de madera, refugiándose en los rincones, para dejar en el centro un espacio de cuatro ó seis metros cuadrados, donde

bailaban otras tantas parejas al compás de un acordeón afónico y de una guitarra de sonidos terrosos.

En la rinconada que formaba el mostrador con uno de los ángulos de la sala, agrupábanse los más friolentos que, con el vaso colocado entre los muslos, sobre el taburete que les servía de asiento, entreteníanse en mirar con ojos vidriosos y mortecinos el montón de carbones á medio encender que contenía un brasero sostenido por tres pies de hierro, puesto en el medio.

Callaban todos los de la rinconada. Diríase que en el brasero se desarrollaba un espectáculo interesantísimo, á juzgar por la atención con que era contemplada la llama azul que flotaba sobre las ascuas.

Permanecían inmóviles, no dejando su inmovilidad más que para empujar el vaso pausadamente, poniendo los ojos en blanco, paladeando el líquido con regocijados chasquidos de lengua y estremecimientos de galvanizado. Volvían algunos á veces la cabeza para examinar, siempre en silencio, el baile de las desarrapadas parejas, y luego recobraban su antigua postura, con meneos de cabeza y risa muda, encogiendo los hombros, sin que el más experto observador hubiese podido sacar en limpio, de toda esta mímica, si significaba desprecio por los bailarines, de ver que perdían su tiempo fatigándose inútilmente, cuando podían ocuparse en beber el mal vino que ellos saboreaban, ó si todo ello era complacencia que les causaban los grotescos movimientos de lascivia, ejecutados al compás de la música monótona y tristonera.

Los de otras mesas palmoteaban, daban patadas en el entarimado y animaban á músicos y danzantes con aullidos inexpresivos é incoherentes exclamaciones.

Los viejos taberneros servían con celeridad á sus parroquianos. El alcohol entraba á chorros en los estómagos, haciendo correr apresuradamente por las venas la caldeada sangre, oprimiendo los sesos, hinchando los labios, inyectando los ojos de bermellón, entorpeciendo las lenguas, comunicando nerviosos temblores á las callosas manos, que se dirigían, sin embargo, al vaso del venenoso licor, muertas, convulsas como las de un epiléptico.

Cerca del balcón del fondo, que daba sobre la ría, dos parroquianos que apuraban una botella de cerveza mientras jugaban al dominó, se mantenían algo apartados de la alegría general. Llevaban allí cerca de una hora, cuando un hombre de mala

traza se les acercó, diciendo con voz enronquecida:

— ¿Qué? ¿Quién gana?

— ¡Hola, Dionisio! Pues ya ves; éste, dijo uno de ellos.

— ¿Vienes ya á guñar con la ventana?, preguntó el otro.

— ¡Sí! ¡Buena noche hace! Con esta niebla, ¿qué diablos quieres que vean los de la otra orilla? Vengo por no perder la costumbre.

— ¿Sabes lo que te digo? Pues que una noche, cualquier mal intencionado ó cualquier bromista se pone á abrir y á cerrar desde aquí los postigos del balcón, cuando la lancha de los carabineros esté en el otro lado; tus compañeros creen que eres tú quien les hace señas, se arriesgan con el contrabando y los pescan *los otros*.

— Por eso no faltó ninguna noche de aquí, contestó el llamado Dionisio. Además de que eso no lo sabe nadie más que vosotros, y eso por ser vosotros.

Pidió un vaso de sidra y se sentó á hacer el tercio á sus amigos.

La guitarra y el acordeón seguían cencerreando con disonancias rítmicas; pero las astrósas mujeres ya no bailaban. Sus parejas habían caído acá y allá, y dedicábanse á la caritativa cuanto dificultosa tarea de poner en pie á sus hombres y sacarlos á la calle.

También se daba el caso de ser *él* quien acarrea á ella.

Los demás bebedores, con más ó menos trabajo, fueron encontrando la salida.

Calló la exigua orquesta, y poco después no quedaban más parroquianos que los tres jugadores de dominó, cerca de la ventana, y un marinero muy

fornido, frente al brasero, apoyada la ancha espalda contra la pared.

- Dionisio, advirtió la tabernera, se va á cerrar...

- Vamos en seguida, señora Micaela, respondió el aludido.

Pagó la cuenta de los tres y salieron de la tienda.

- ¿No oye usted?, exclamó la dueña dirigiéndose al marinero que miraba impasible el rescoldo de la lumbre.

Figurándose que era sordo, adelantóse hasta poner su cabeza delante de la del bebedor, diciéndole á grito pelado:

- ¡Que se va á cerr!

En el momento de fijar sus ojos en los del desconocido, quedó muda ante aquella mirada fija, inmóvil...

Antes de que saliera de su estupor, se acercó el viejo marido, y dando un empujón al perezoso gritó:

- ¡Arriba!

Arriba no, abajo cayó el hombre como un costal de harina.

- ¡Contra!, exclamó asombrado Fariseo. ¡Estaba muerto!

La tabernera lo sabía, lo conoció en aquella mirada fija, inmóvil.

- ¡Muerto!, repetía el marido reconociendo detenidamente el robusto cuerpo inanimado.

- ¡Absolutamente muerto! ¿Y qué hacemos ahora? Habrá que dar parte á la autoridad. ¡Maldita sea!.. Verás en qué lío nos van á meter.

- Nunca, eso nunca...

- Espera, dijo la mujer corriendo hacia la calle.

- ¿Adónde vas, desdichada?, voceó el consorte yéndole á los alcances.

- A cerrar la puerta, lo primero. Eso es. Ahora cogemos el cadáver, lo arrojamos al agua y adivina quién te dió. Pues, y así nos ahorramos cuentas con el juez.

- Sobre que si se ha muerto de un torozón ó de en analizarlo y... ¡la ruina, la ruina! Tienes razón: muermo, lo achacarían al mal vino, se empeñarían con la niebla que hay, nadie nos verá.



EL ANGEL DE LA GUARDA, cuadro de Justo Ruiz Luna

Micaela abrió el balcón.

- Cierra ahí, gritó Perico. Vamos á registrarlo, y lo que le encontremos... eso nos encontramos.

- Verdaderamente...

Cerrados nuevamente los postigos y extendido el cadáver en el suelo, comenzó el vaciado de bolsillos.

La señora Micaela le encontró algunos papeles en el interior de la americana. Después de convencerse de que no había entre ellos un solo billete de banco de nación alguna, dejó en el entarimado la sucia cartera que los contenía y continuó en su operación. Fariseo sacó del chaleco del difunto unas monedas de plata y un pomo de porcelana cerrado á tuerca y envuelto en algodones. Entre éstos se encontraba un papel en el que había escrito, por cuatro veces, en inglés, en alemán, en francés y en español, lo que sigue:

«Me llamo Jhon Ansenn, soy alemán, padezco de ataques que me privan del sentido, sin poderme prevenir de ellos por la rapidez con que me acometen. Suplico á la persona que me encuentre inanimado, que destape el frasco adjunto y lo coloque bajo mi nariz durante algunos segundos. Si, pasado este tiempo, no recobro la vida, vierta tres gotas de él en mi boca. Diez ó doce horas transcurridas en este estado me acarrearían la muerte.

»¡Oh, tú que me encuentres, no desatendas esta súplica extrema! Piensa que tu poca caridad puede arrojarme en un mundo desconocido, terrible para los que no fuimos justos.»

Mientras el tabernero leía en voz alta la parte escrita en castellano, su esposa, en cucullas, con la mano derecha metida entre el cinturón y los pantalones del alemán, le oía arrugando cada vez más el entrecejo, contrayendo la boca, lanzando miradas siniestras, crispando las manos.

Quando, concluida la lectura, miró el bodegonero á su mujer, quedó espantado.



Sin casa ni hogar, cuadro de A. Hering

Parecía transformada en una de esas viejas infernales que acometen a San Antonio retirado al desierto, en los cuadros de Teniers.

Mientras destornillaba el pomo, le preguntó por la causa de su excitación.

— ¿Qué piensas hacer con eso?, interrogó ella en vez de contestarle.

— Ya lo estás viendo; dáselo a oler. Creo que seis pesetas... — y ensañaba las monedas — no merecen la pena de...

— Aquí hay dinero, dijo la tabernera con voz ronca, sin soltar el cinto.

— ¡Ah! ¡Había ahí dinero!

— Hay. ¿Comprendes? Hay.

La señora Micaela desabrochó el cinturón, y tirando de él, lo enseñó a su marido por el revés, en el que se marcaban en relieve muchos discos alineados del diámetro de una peseta, á todo lo largo de la correa, sujetos á ella por una tira de badana cosida sólidamente á sus bordes.

— Mira, mira si hay, añadió tomando un cuchillo del mostrador, cortando en dos el cinturón y sacando una moneda de oro.

Perico quiso tocarla, *paladearla* con sus dedos; y olvidándose del frasco que conservaba destapado en la mano, la abrió, dejándolo caer al suelo, donde se derramó el contenido, esparciendo un aroma acre y fuerte.

— ¡Mal rayo!, votó Fariseo. Va á volver en sí con el olor. ¡Recoge eso con un trapo! ¡Tíralo al agua! ¡Deja abierto, que se ventile!

Y mientras daba estas órdenes, arrastraba de un brazo el cuerpo exámi-

me de Ansen hacia un rincón y allí le introducía bárbaramente el pulgar y el índice de la mano derecha en los agujeros de la nariz, tapándole con la izquierda la boca dura y espumosa. Cuando el suelo estuvo seco y renovado el aire, pusieron entre los dos al alemán extendido sobre un banco; cogió cada cual un extremo de éste y dejáronlo junto al balcón.

Perico asomó la cabeza, por si se veía á alguien.

El agua corría mansamente lamiendo los cimientos del muro. La niebla era más espesa que nunca. A la derecha se notaba un débil resplandor como el de un farolillo; al otro lado las llamaradas del *bessmer*, cuya claridad apagaba algo la húmeda bruma.

— Oye, dijo el tabernero tirando de su mujer y señalando á la derecha. ¿Qué luz es aquella?

— Ya la he visto antes. Debe de ser de algún vapor.

— Parece muy baja.

— Será de los camarotes.

— Apaga la lámpara del despacho.

Ella obedeció.

— ¿Se oirá el golpe?, volvió á preguntar el viejo.

— Esperemos á que quiten el aire del convertidor. Con el estrépito nada se oirá.

Halieron el banco, apoyaron un extremo en la balastrada y sostuvieron con los hombros el otro extremo.

Un minuto pasó.

De pronto llegó á sus oídos un ruido semejante al que se hace soplando con fuerza en el canto de una tarjeta; pero infinitamente más fuerte. Como el que harían cien mil hombres soplando en cien mil tarjetas.

Los enormes ventiladores que funcionan arrojando á torrentes el aire que ha de ayudar á transformar el hierro en acero, se vaciaban, dando lugar á que el *bessmer* vertiera su carga de metal líquido.

— ¡Ahora!, dijo el matrimonio á una voz.

Levantaron el extremo que sostenían del banco, y el cuerpo, deslizándose por la tabla, cayó volteando hasta hundirse en el hoyo de agua que se abrió á su peso.

Luego volvió á aparecer, y la corriente le comenzó á arrastrar pausada y majestuosamente hacia el mar.

En aquel momento se coronaron las plataformas de los hornos con las llamas violáceas que, como antorchas funerarias, iluminaron el camino del muerto hacia su húmeda sepultura, tiñendo las blandas olas que lo conducían con sus reflejos cárdenos é irisadas livideces.

Retiráronse del balcón los esposos, cerraron las maderas, y después de encender el quinqué, pusieronse á mirarse el uno al otro.

— ¿Y bien?, preguntó el dueño de la casa.

— ¡Pch! Ahí verás.

— Contemos el dinero.

— Antes, esto...

Tomó el frasco de porcelana, abrió nuevamente las maderas y lo arrojó en medio de la ría.

— Luego esto otro.

Y echó en el brasero los papeles y la cartera del alemán.

— Ahora, el dinero.

Vaciaron por completo el interior del cinturón y se pusieron á contar las monedas sobre una mesa.

— Son libras esterlinas; más de seis duros cada una con el cambio, exclamó alegremente Fariseo.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco...

La hembra se interrumpió mirando al hombre con terror. Habían dado un golpe á la puerta.

— Será... cualquier bromista...

No, no era ningún bromista; porque sonaron tres golpes más, muy fuertes, demasiado fuertes para ser producidos por un parroquiano impenitente que quisiera beber antes de retirarse.

— ¡Pericol, gritó desde fuera una voz de hombre. Abre pronto.

— ¡Es el muerto!, dijo Micaela tiritando de miedo.

— ¡Imbécil!, murmuró el marido con desprecio, en tanto que, algo repuesto de su sorpresa, guardaba apresuradamente las monedas en sus bolsillos y tiraba á un rincón los pedazos del cinto.

Irían aún éstos por el aire, cuando la puerta se abrió violentamente, saltando hecha trizas la cerradura.

Un miquelete y un cabo de carabineros, con cuatro soldados del cuerpo, aparecieron á la vista de los delincuentes.

— ¿Dan ustedes su permiso?, preguntó socarronamente el miquelete.

— Todo está descubierto, amiguitos; conque...

— ¡Yal, exclamó involuntariamente la tabernera.

— ¿Tenía yo razón? ¿Qué tal, eh? Ya cantan, dijo el cabo.

Perico se dejó caer en un taburete, tapándose la cara con las manos.

Su mujer se arrodilló ante los soldados, presa de profundo terror, pronunciando excusas incoherentes, haciendo súplicas absurdas.

— ¡Estaba muerto! Creedlo... ¡Oh, Dios mío! Fué una mala tentación, yo lo confieso... ¿Qué va á ser de nosotros? No fué por el dinero..., si lo hubiéramos pensado, se hubiese dado parte... ¡Tengan ustedes compasión!

— ¿Qué dice esta mujer?, interrumpió el miquelete mirando á los demás con asombro.

— ¿Qué diablos de olor hay aquí?, añadió uno de los carabineros.

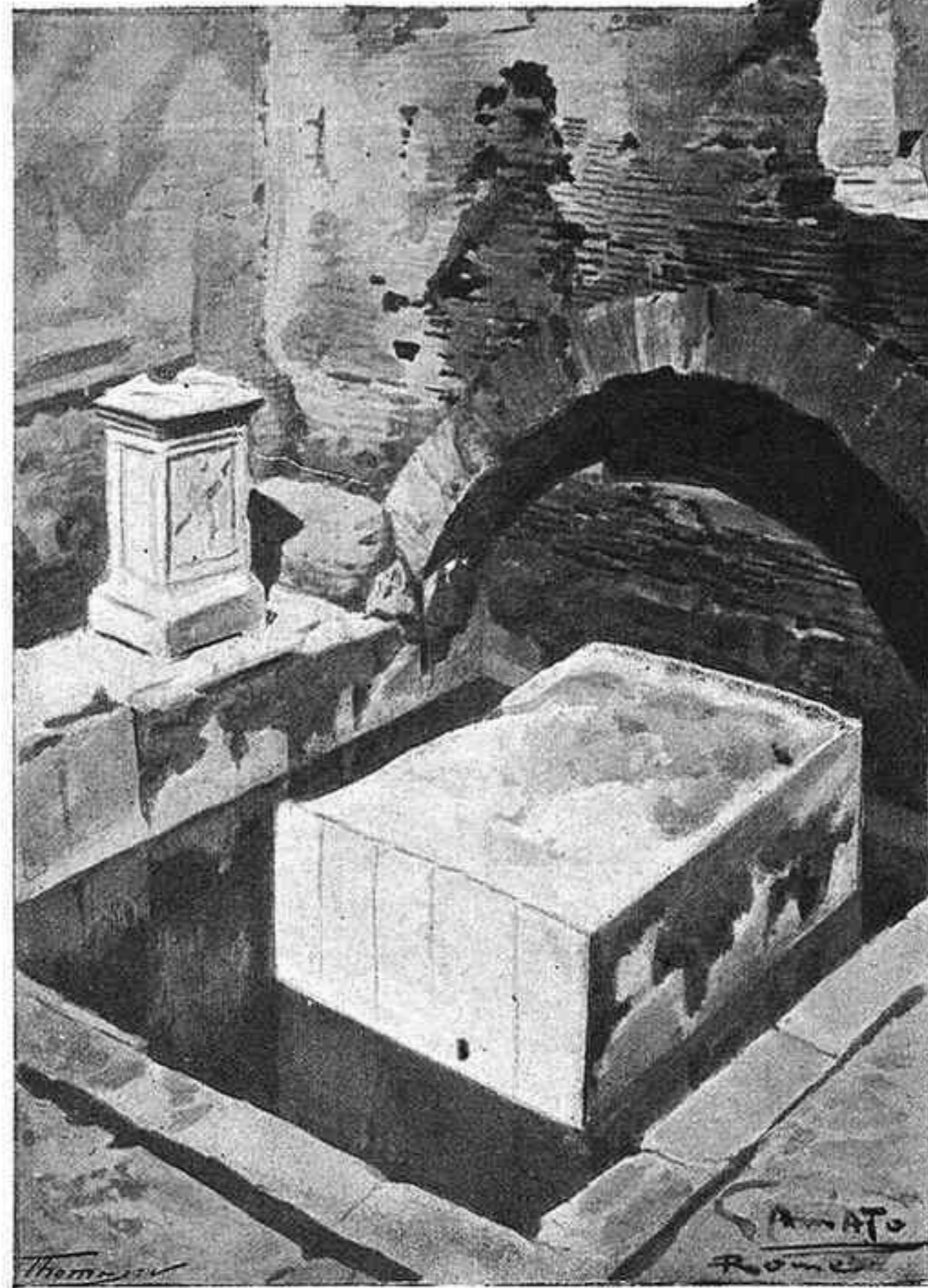
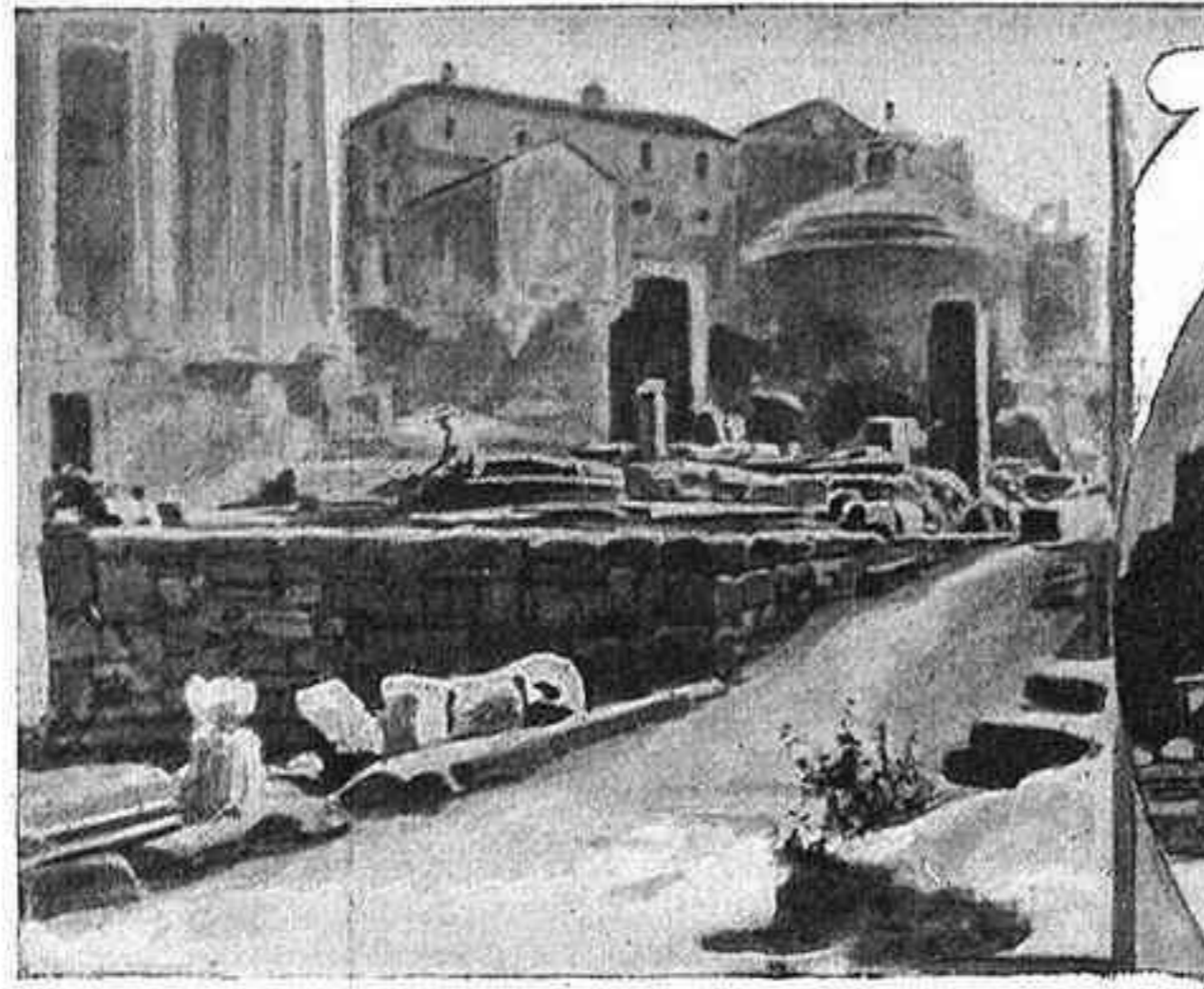
— Se rompió el frasco, ¿cómo se lo habíamos de dar á oler. ¡Perdón, perdón!, seguía barbotando la vieja. ¡Virgen de Begoña!

— ¡Esto es muy raro!, murmuró el cabo. Venir á sorprenderlos creyendo que estaban haciendo señas con la ventana á los contrabandistas... ¡A ver! Que se queden dos á la puerta; otro al balcón. ¡Que nadie salga! Este y yo vamos á registrar la casa.

Al pasar junto al mostrador, vió un papel amarillento con cuatro párrafos en distintos idiomas.

Era la carta que empezaba: «Me llamo Jhon Ansen» y terminaba: «...Piensa que tu poca caridad puede arrojarme en un mundo desconocido, terrible para los que no fuimos justos.»

A. SÁNCHEZ GERONA.



ÚLTIMAS EXCAVACIONES EL FORO ROMANO. — 1. L Regia, delante del templo de Antonino y Faustina. — 2. Altar, pozo y edículo de Juturna. — 3. Fuente de Juturna y estatua de Esculapio (dibujo de Amato).

#### LAS ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO

La demolición de la iglesia de Santa María Liberatrice, de Roma, y las excavaciones practicadas en aquella zona del Foro bajo la inteligente dirección del ingeniero Boni, han dado resultados en extremo importantes y hasta inesperados.

Los católicos, que en un principio habían clamado contra la demolición de ese templo, hoy tienen motivos para felicitarse de ella, pues ha dado lugar á descubrimientos muy interesantes para la historia religiosa. Los arqueólogos no estaban de acuerdo acerca del sitio que ocupó en Roma la primera iglesia consagrada al culto de la Virgen: unos creían que era Santa Francisca Romana, llamada también Santa María Nuova, y otros opinaban que era Santa María Liberatrice. Las excavaciones han dado la razón á estos últimos.

La antigua iglesia descubierta en las construcciones subterráneas, tenía sus paredes enteramente cubiertas de frescos que databan del siglo VIII y se encontraban en perfecto estado de conservación; muchos de ellos son efigies de santos griegos y latinos, cuyos nombres están puestos al pie de las figuras. Uno de los frescos representa la Crucifixión: Jesucristo, vestido, está clavado en la cruz con cuatro clavos; á un lado Longinos, vestido de soldado romano, clavando su lanza en el costado del Salvador; al pie de la cruz, la Magdalena y San Juan.

El *Liber Pontificalis*, hablando del Papa Juan VII (705-707), dice: *Basilicum*

*Sanctæ Dei genitricis qui antiqua vocatur pictura decoravit illicque ambonem fecit.*

Pues bien: en el paramento de la antigua cripta se ha recogido una plancha de mármol octagonal que formó parte del ambón y que lleva en uno de sus lados esta inscripción latina repetida en griego en el otro: JOHANNES SERVUS SANCTÆ MARIE. También se ha encontrado la base del ambón, de suerte que no ofrece ya ninguna duda que la antigua denominación de *Sancta Maria ab antiquum* se aplicaba á la iglesia de Santa María Liberatrice.

Asimismo han sido descubiertos algunos sarcófagos interesantes para la historia del culto: las esculturas de uno de ellos representan el bautismo de Cristo, con la paloma y los episodios bíblicos de la historia de Jonás, que simboliza la resurrección y la vida futura.

No menor interés ofrecen los descubrimientos relacionados con la Roma pagana que se han realizado también merced á esa demolición. Entre la casa de las Vestales y el templo de Cástor y Pólux han sido encontrados el *Sacrarium* de la ninfa ó diosa Juturna, que se dice fué hermana de Turno, y la *Statio aquarum*, especie de oficina de aguas, según resulta de numerosos cipos, muchos de los cuales llevaban los nombres de los *Curatores aquarum*. En la pieza central de este edificio se han encontrado una estatua de Esculapio, un torso de Apolo y un busto de Júpiter.

Al lado de esta gran pieza y á la profundidad de dos metros se ha descubierto el *Lacus Juturna*, alimentado por un manantial procedente del Palatino. Del lago se ha retirado un ara ó altar del siglo III. Cerca de la fuente de Juturna se ha encontrado un edículo cuya forma recuerda la *Roma quadrata* y que tiene las huellas de un pedestal que seguramente sostuvo la estatua de la diosa, y al lado de él la parte inferior de una estatua de mujer. Y habiendo quedado la fuente demasiado baja á consecuencia de las construcciones que encima se levantaron, abrióse un pozo al lado del edículo.

Junto á la casa de las Vestales estaba la *Regia*, uno de los santuarios más importantes de la antigua Roma, que contenía la habitación del pontífice y varias capillas en las cuales conservaban los romanos sus objetos sagrados más preciosos. En una de ellas, y haciendo las veces de seismógrafo, había las lanzas de los dioses Quirino y Marte que, por un mecanismo hoy desconocido, señalaban los sacudimientos telúricos. En aquel sitio se han desenterrado fragmentos de jarrones de arcilla negra adornados con inscripciones.

El Sr. Boni ha hecho descombrar casi enteramente el terreno que cubría la basílica construída por Paulo Emilio y sus hijos cerca del templo de Antonino y Faustina y del de César, basílica que fué terminada en tiempo de Augusto, habiéndose encontrado allí fragmentos de las magníficas columnas que hacían de aquel edificio uno de los más hermosos monumentos de Roma, y veinticuatro de las cuales dícese que fueron empleadas en la construcción de la primitiva iglesia de San Pablo extramuros, destruída por un incendio en 1829.

La casa de las Vestales está casi enteramente explorada. Uno de los descubrimientos curiosos hechos en sus ruinas es el horno, ó por mejor decir, los restos del horno en donde aquéllas cocían el *far* ó trigo sagrado, de entre cuyas cenizas se han retirado diferentes jarros parecidos á los exhumados de otros depósitos de ceniza formados por sacrificios que se realizaron en el transcurso de la era republicana. El horno fué objeto de restauraciones en los siglos III y IV del Imperio. Entre las *terracottas* recogidas, una lleva grabado el signo de la cruz.

Finalmente, confundida entre los restos de jarros, se descubrió una mandíbula de gato; siendo esta la primera huella de este animal que se ha recogido en las habitaciones de la Roma antigua. - R.

NOBLEZA OBLIGA

Por primera vez visitaba la República de Venezuela. Un amigo mío, el sabio ministro de Colombia doctor Justo Arosemera, hábame convidado para visitar los feracísimos y risueños valles de Aragna, donde á un clima sin igual se aduna la perspectiva más bella de la naturaleza, que sobresale por el lujo de sus matices, por las frondosidades de sus diversos y corpulentos árboles, por los aromas de sus balsámicas plantas, tanto como por la variedad de flores que brotan á favor de la temperatura primaveral. El concierto de las avejillas anidadas en la espesura es otro de los atractivos que recrean el ánimo en aquellos sitios paradisíacos.

Los algodoneros, los cafetales lozanos, la caña que brinda su jugo sabrosísimo, los abundantes frutos de toda clase, hacen que en la época más ardiente del año se busque reposo y solaz en zona tan envidiable.

En hogar venezolano disfrutábamos de cariñosa hospitalidad. Un matrimonio joven y dos querubines, el mayor de rubia cabellera y el menor de ojos negros y cutis moreno pálido, animaban la hermosa casa con su constante buen humor y los alegres retozos propios en la infancia.

La nota seria, pero no triste, era un anciano, que veterano de la independencia, gustaba de referir episodios evocando recuerdos de aquel primer tercio del siglo pasado, tan fecundo y tan henchido de grandiosos sucesos.

Un día me hizo pasar á su biblioteca, como él pomposamente la llamaba. Era una habitación llena de luz y de sol, con bella perspectiva, que se extendía hasta la entrada de una selva.

En un estante campeaban algunos libros, todos referentes á la historia patria desde su emancipación de España.

Una poltrona de cuero brindaba cómodo asiento para la

siesta ó lectura, y dos ó tres sillas completaban el mobiliario. Al frente del estante y en plena luz había dos retratos, colgados con gruesos cordones azules, amarillos y encarnados: los colores de la bandera venezolana.

Desde luego llamaron mi atención. Eran dos arrogantes jóvenes: uno vestía el uniforme de teniente coronel del ejército español, de operaciones en América en la segunda década del siglo XIX; el otro también tenía alta graduación militar, pero ostentaba el traje correspondiente á los soldados de la independencia.

Le reconocí inmediatamente, porque en la casa de sus insignes descendientes había visto uno igual. Era el general Diego Ibarra, en el vigor de su juventud y cuando por su valor y fidelidad había llegado á ser ayudante predilecto de Bolívar.

- ¡Hoy no hay hombres como éstos!, dijo el veterano que había servido á las órdenes del glorioso Páez. Aquellos tiempos no volverán jamás.

Y apelando al rico filón de su memoria, me refirió un interesante episodio, que tocaba muy de cerca á un individuo de su familia.

Se peleaba sin tregua en Venezuela, en la Nueva Granada, en el Perú y en el Ecuador.

Tan obstinados los realistas como los republicanos, no desmayaban ante los reveses, ni perdían la fe moral que les prometía el triunfo de su causa.

A pesar de la guerra á veces sin cuartel, no escaseaban fraternales simpatías y demostraciones de mutuo afecto entre los oficiales y jefes de ambos ejércitos, y ya en repetidas ocasiones

habíase dado el caso de emplear nobles estratagemas para salvar la vida de un enemigo por los ideales, pero con el cual había estrecho lazo de franca y leal amistad.

Con frecuencia, si bien por corto espacio, suspendíanse las hostilidades, y entonces era de admirar la jovial fraternidad que reinaba entre los unos y los otros, hasta el punto de compartir el pan del soldado y el vino, á veces muy escaso en los campamentos.

De este modo se cimentó el hondo afecto en los pechos hidalgos de Diego Ibarra y del pundonoroso jefe español. Ambos eran fidelísimos á su bandera; ambos tenían convicción en sus principios, y jamás en sus conversaciones pusieron sobre el tapete la cuestión de opiniones, para no resfriar su amistad, ni discutir lo que para los dos era sagrado.

En el continuo pelear se encontraban los dos amigos en filas opuestas, hacíanse un saludo con la espada, evitando la funesta casualidad que pudiera acercarlos.

Entablóse el combate de Villa Ibarra. Batiéronse con denodado empeño los realistas y los independientes: palmo á palmo se disputaron el terreno, haciendo milagros de valor; la suerte fué adversa para los españoles que, rechazados en toda la línea, dejaron en el campo algunos heridos y varios prisioneros.

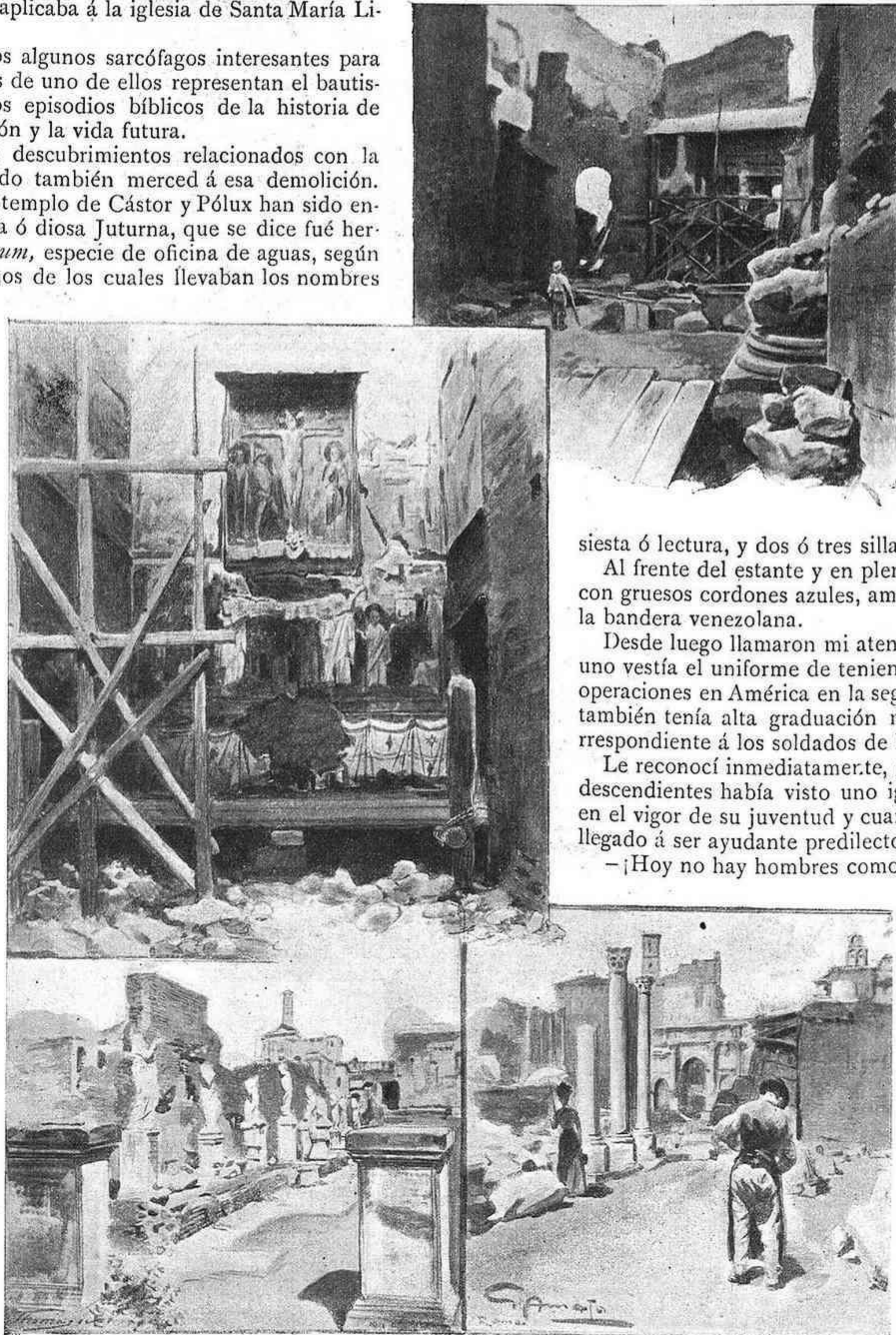
El amigo de Ibarra, que había peleado como una fiera, se defendió con tesón hasta caer en manos de sus adversarios.

El Consejo de guerra fué inexorable: la sentencia daba de término algunas horas, y el español, con ánimo sereno, aguardaba en capilla el trágico desenlace.

Inesperadamente se abren las puertas, y el coronel Ibarra, estrechando en sus brazos al amigo, le dice con acento conmovido:

- ¡Vengo á salvarte; sígueme! La autorización especial que tengo del general Bolívar ha servido en este momento, y obedeciéndome todos como si fuera con orden suya, puedo conducirte á sitio seguro.

El español vaciló.  
- Sobre ti recaerá la responsabilidad de mi fuga, y el reglamento militar...



ÚLTIMAS EXCAVACIONES EN EL FORO ROMANO. - 1. Santa María ab antiquum. - 2. Fresco de la tribuna izquierda de Santa María. - 3. La casa de las Vestales. - 4. Basílica Emiliana (dibujo de Amato)



VENDEDORA DE PESCADO, cuadro de C. M. Baer





LA HECHICERA DE ENDOR, cuadro de Kunz Meyer

ATENEU D  
BIBLIOTECA  
\* MADRI

—Nada temas por mí. No perdamos tiempo. ¡Vamos!

Y casi á pesar suyo arrastró al español fuera de la prisión.

El primer edecán del general en jefe cometía un abuso de confianza exponiendo su vida.

No tardó Bolívar en saber lo sucedido.

Su enojo fué terrible: dos ó tres ordenanzas corrieron en distintas direcciones hasta encontrar á Ibarra y conducirlo á su presencia.

—Has puesto en libertad á un enemigo condenado á muerte; has abusado de las facultades que tenías... Tu audacia merece un severo castigo.

—Señor, haga V. E. de mí lo que quiera; mi vida por la de mi amigo: es muy justo; pero antes de constituirme prisionero necesito veinte onzas.

El Libertador le miró sorprendido.

—Lo he salvado, señor; deseo embarcarlo y carezco de recursos.

—Hoy te has batido como un león; anda, tienes derecho para ser magnánimo: te disculpo y te admiro. Puedes embarcar al español.

Ambos corazones generosos latieron juntos en estrecho abrazo, y poco después Diego Ibarra cumplía su nobilísimo propósito.

LA BARONESA DE WILSON.

### NUESTROS GRABADOS

¡Más allá!, dibujo de Edwin A. Abbey.—La expresión de ciertas ideas abstractas resulta difícilísima para el arte, que con medios puramente materiales ha de dar forma á lo que por su propia esencia no la tiene. Los temas que en ellas se inspiran constituyen escollos imposibles de salvar para los artistas que no se sienten animados por la llama del genio; pero, en cambio, sirven para aquilatar el mérito de los que podemos llamar escogidos. Una de estas ideas es la del «más allá,» cuando con ella se quiere expresar lo que hay después de esta vida terrena, lo infinito de la existencia futura en que nos obligan á creer de consuno la fe y la razón; y esta idea es la que de una manera admirable ha sabido traducir el famoso pintor inglés Abbey, miembro de la Real Academia de Londres, en el dibujo que reproducimos. Esa figura hermosamente dibujada y puesta en medio de un paisaje árido, como si el autor hubiese querido que en ella se concentrase toda la atención del que contemplara la obra, siente y hace sentir algo que está fuera del mundo que nos rodea, y en su rostro de vidente, en su actitud de iluminada adivinarse el impulso de una fuerza divina que la inspira y el fuego de una esperanza sobrenatural que la alienta.

Habib-Ullah Khan.—Ampliando las noticias que acerca de este personaje dimos en el último número al hacer la



HABIB-ULLAH KHAN, el nuevo emir del Afganistán

biografía de su padre, el difunto emir Abdur-Rhamán, diremos que nacido en 1872, desde muy joven fué designado por éste como su sucesor en el trono, habiéndole á este efecto iniciado desde hace muchos años en los negocios públicos y confiado su representación en el gobierno cuando en 1881 y 1888 sostuvo él las guerras contra Eyub Khan y contra Ishak Khan respectivamente. Su gestión, especialmente en la última de las citadas fechas, y el valor de que dió pruebas en un motín que estalló en aquel entonces, satisficieron por completo á su padre, quien le autorizó para recibir todas las memorias de los altos funcionarios de aquel vasto país y le nombró intermediario para comunicar sus órdenes á las supremas autoridades civiles y militares. En 1897 se le confiaron la suprema judicatura y el cargo de tesorero mayor.

Plancha de bronce regalada al Dr. Virchow, obra de Bruno Kruse.—Rodolfo Virchow es una de las más grandes figuras de la medicina moderna, uno de los más sabios innovadores, uno de los hombres más eminentes y más respetados y admirados por el mundo entero. En la imposibilidad de trazar su biografía y de enumerar los inmensos servicios



Plancha de bronce regalada por la Academia de Ciencias de Prusia al ilustre DR. VIRCHOW con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio, obra de Bruno Kruse

por él prestados á las ciencias médicas, sólo á grandes rasgos citaremos los principales hechos de su vida. Nacido en 13 de octubre de 1821 en la aldea de Schivelbin (Pomerania), á los veintitrés años era médico del hospital de Berlín, á los veinticinco fundó los Archivos para la Anatomía patológica y fisiológica y para la medicina clínica, que aun hoy en día ocupa el primer puesto en el periodismo científico universal, y á los veintiséis fué nombrado catedrático de la Universidad berlinesa. El periódico y la cátedra fueron la palestra desde la cual sostuvo valientemente la lucha contra las ideas falsas y los prejuicios inveterados de la medicina, fundando la patología celular, que constituye una de sus más trascendentales innovaciones y que es la que hoy prevalece universalmente en esa rama de las ciencias médicas, y creando en 1886 el famoso Instituto Patológico de Berlín, centro de indagaciones científicas adonde acuden á recibir sus admirables lecciones médicos de todo el mundo. Mas no ha limitado Virchow su actividad al campo de la patología; la higiene, la antropología y la sociología cuentan también entre sus más ilustres cultivadores. Para conmemorar el octogésimo aniversario de su natalicio se han celebrado en la capital de Alemania grandes solemnidades científicas, que han sido una hermosa apoteosis del sabio venerable, á la cual se han asociado los gobiernos, corporaciones, academias y eminencias de las naciones que marchan al frente del progreso. Entre los varios regalos que á Virchow se han hecho con este motivo, figura la artística placa de bronce que reproducimos y que contiene el retrato en relieve del eminente patólogo y una sencilla dedicatoria.

La luz, cuadro de Juan Llimona (Salón Parés).—Todas las manifestaciones que enaltecen al hombre han hallado en Juan Llimona inspiradísimo intérprete. Hubo época en que las apacibles y conmovedoras escenas que retratan la vida, recordándonos el hogar y la familia, sirvieron á tan aventajado artista de manantial inagotable de su felicísima inspiración. Posteriormente, los cuadros de costumbres de nuestra región fueron su tema elegido, hallando medio para atestiguar su acendrado cariño á la tierra en que naciera. Por último, ha presentado otra fase que avalora y asocia á las anteriores, cual es la del concepto místico, que responde á estado psicológico que entraña una tendencia y revela la conjunción que se ha operado en el alma del artista, rebosando sentimientos que dignifica su fe de creyente. Su objetivo responde á un propósito noble y por lo tanto digno de respeto, sin que decaiga ni se aminoren sus cualidades y aptitudes artísticas. En corroboración de nuestras afirmaciones, podríamos citar algunas de sus obras, entre ellas la que reproducimos en este número, bella por el concepto, delicada por el sentimiento y notable por su sazonado realismo, que imprime el sello del natural hasta el punto de que no cabe substrarse á la impresión que produce.

El Ángel de la Guarda, cuadro de Justo Ruiz Luna.—No es Justo Ruiz Luna un artista novel. En las páginas de esta Revista nos ha cabido la suerte de poder reproducir varias de sus obras, algunas de las cuales han sido premiadas en exposiciones y públicos concursos. Entre ellas merece citarse la que figura en este número, simbólica y sentida representación del Ángel de la Guarda, que el artista representa, haciendo gala de sus estimables cualidades de hábil marino, amparando á un infeliz niño que se halla á merced de las olas, simulando los embates de la existencia. Reciba nuestros plácemes por su última obra y la expresión del deseo de que en su accidental residencia en la Ciudad Eterna, nos procure nueva ocasión para significar al pintor y al amigo el afecto y la consideración que nos merece.

Sin casa ni hogar, cuadro de A. Hering.—Lanzados de su casa por la miseria, recorren el mundo en peregrinación dolorosa buscando el trabajo que les dé medios de ganarse el sustento ó la limosna que aplaque su hambre. Rendidos, extenuados, reposan sus fatigados cuerpos en el desierto campo: el padre, hundido el rostro entre las manos, tal vez

maldice de los hombres que, debiendo ser hermanos suyos, le dejan en el mayor desamparo; la madre, sin fuerzas casi para estrechar contra su pecho al niño que lleva en brazos, caída la cabeza sobre el tronco en que se apoya, acaso eleva mentalmente una oración al cielo; y la niña, triste y llorosa, permanece de pie entre ambos recordando quizá á otras niñas para

quienes es senda de flores la vida que ante ella se abre como camino lleno de espinas y de abrojos. ¡Cuánto sentimiento en esta escena trasladada al lienzo por el celebrado pintor alemán! ¡Cuánta expresión en las figuras, cuánta melancolía en el paisaje! No necesita el cuadro más explicaciones ni mayores elogios; su mejor alabanza, su más acabada descripción, están en el efecto mágico que produce en el ánimo del que lo contempla.

Vendedora de pescado, cuadro C. M. Baer.—En la pintura realista caben perfectamente dos procedimientos: uno que copia lo que ve, sea como sea, y otro que procede á un trabajo de selección, no satisfaciéndose con la realidad sola, sino buscando la realidad bella. Muchos al leer el título del cuadro de Baer y al mirar después la figura por éste pintada hallarán tal vez cierta contradicción entre uno y otra; y sin embargo, esta contradicción estará en ellos, no en el lienzo. Si el autor hubiese querido personificar en la joven de su obra á un grupo social, acaso tuvieran razón los que tal defecto señalaran; pero el pintor se ha propuesto simplemente presentarnos á una vendedora de pescado; y siendo esto así, ¿quién podrá censurarle por haber escogido como modelo alguno de estos tipos lindos, delicados, hasta ideales si se quiere, que en todas las clases, aun en las más humildes, existen? Hechas estas salvedades, que consignamos saliendo al encuentro de lo que pudieran decir de este cuadro los que juzgan con un criterio cerrado, absoluto, sólo hemos de añadir que, técnicamente considerada, la composición de Baer contiene bellezas de primer orden, así de dibujo como de colorido.

La hechicera de Endor, cuadro de Kunz Meyer.—Refiere el Antiguo Testamento que Saúl, viendo el grande ejército que contra él habían juntado los filisteos temió y desmayó, consultando al Señor, que no le respondió ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas. Dijo entonces á sus criados que buscaran una mujer que tuviera el espíritu de Pythón, y habiéndole indicado aquéllos que en Endor vivía una pitonisa, fué á visitarla disfrazado y le pidió que le hiciera aparecer á Samuel. Y cuando éste se le hubo aparecido y le hubo vaticinado su derrota y muerte próxima, cayó Saúl en tierra, desmayado. Tal es la escena que representa el lienzo de Meyer, y cuya explicación basta para comprender el talento con que el pintor ha sabido tratarla, imprimiendo en cada uno de los personajes una expresión propia y dando al conjunto de la composición un carácter fantástico, casi terrorífico, que se aviene perfectamente con el asunto bíblico que ha servido de tema á la composición.

### MISCELÁNEA

Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *Lluçta de cacichs ó las elecciones de regidores*, gracioso sainete en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales. En el Principal han dado un segundo y último concierto los señores Casals y Bauer, quienes obtuvieron grandes aplausos en cuantas piezas ejecutaron en el violoncelo y en el piano. La Asociación Musical de Barcelona ha celebrado en el teatro de Novedades un concierto extraordinario, dirigido por M. Carlos Bordes, director de la *Scola Cantorum* de París, en el que tomaron parte el notable cuarteto de la misma y el Orfeo Catalá, ejecutándose por el primero escogidas piezas de Schutz, Carissimi, Bach y Haendel, que fueron cantadas con arte exquisito por Mlle. de la Rouviere (soprano), J. de la Mare (contralto), M. Jean David (tenor) y M. Albert Gebelin (bajo), todos los cuales fueron objeto de grandes ovaciones. El Orfeo Catalá cantó magistralmente, como de costumbre, algunas de las mejores piezas de su repertorio, que le valieron entusiastas aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

D. Luis Alvarez Catalá, ilustre pintor español, director del Museo Nacional.

Sixto Armin Thon, celebrado pintor alemán.



Se dirigieron al maravilloso templo de la población

## UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

El tono con que Estrella profirió estas palabras era tan penetrante, se desprendía de todo su abatido ser una tan dolorosa sinceridad, que Mad. Montclar no pudo resistir; y á pesar de su poca inclinación á las demostraciones extremas y á los rasgos apasionados, rodeó con sus brazos el cuello de la joven, exclamando:

- Hija mía, te prometí que indagaríamos juntas y he faltado á mi promesa: he sido débil é indolente. ¡Dios me castiga infligiéndote estos sufrimientos! Pero repararé mi falta y llamaré en seguida á la única persona que en el mundo puede ayudarnos: Teodoro Benoist.

Estrella se separó de los brazos que la rodeaban.

- Si ha contado usted con él, dijo, generosa amiga mía, está usted apoyada en una débil caña. La gente me calumnia por necedad; ese hombre, porque me odia.

- ¿Por qué ha de odiarte, hija?, exclamó madame Montclar.

- No lo sé, pero me aborrece, respondió Estrella llorando.

Al día siguiente se celebraba en el gran salón del principal hotel de Saint-Aubín un concierto benéfico para socorrer á una familia de pescadores.

Todos los veraneantes habían ofrecido su concurso para tan laudable obra, unos en concepto de artistas y otros como espectadores, cotizándose ya las localidades al doble de su precio, merced á los esfuerzos de algunas personas complacientes. Madame Barriere y sus hijas, que se quedaron con los billetes correspondientes á una parte del salón, con objeto de revenderlos, habían obtenido resultados muy superiores á lo que esperaban.

Andrés Bolvín, que había sido ascendido al grado de comisario, estaba prestando desde la víspera una infinidad de pequeños favores á todo el mundo, haciendo admirar su finura y su habilidad para zanjar los detalles más dificultosos.

La sala se hallaba animadísima en el momento en

que Mad. Montclar y su sobrina, que habían satisfecho cien francos por sus asientos, penetraron en ella, acompañadas de Mad. Daubray, quien se sentía, no sólo comprometida, sino hasta casi inquieta por ir con ellas.

Los asientos estaban numerados. Estrella y su tía fueron á colocarse en los suyos, que eran de primera fila; en la segunda se hallaba ya Mad. Barriere con sus hijas y algunas de sus íntimas; junto á madame Montclar veíase á dos ó tres funcionarios públicos de Saint-Aubín, que solían ser invitados de oficio á todas las solemnidades.

La entrada de Estrella y la anciana, que vestían luto, un tanto atenuado atendidas las circunstancias, es decir, de negro, pero sin crespones, produjo en los concurrentes extraordinaria sensación, hasta el punto de que las señoritas del país, no contentas con alargar el cuello para verlas, llegaron á subirse en las sillas. El rumor que se promovió cuando penetraron en el local, cesó de pronto, dando lugar á un silencio que por el contraste parecía solemne, hasta que por fin volvieron á oírse poco á poco algunas conversaciones y ruido como de muchas idas y venidas por todos los lados del salón.

Entretanto, se hizo la señal para empezar la fiesta, cuyo momento aprovechó Estrella, que desde hacía rato sospechaba que ocurría algo extraordinario, para volverse de pronto, observando en seguida que la segunda fila de asientos se hallaba completamente desocupada. La prudente Mad. Barriere y algunas otras madres no menos previsoras, habían emigrado lejos de sus sitios, dejando entre la oveja contaminada y el resto del rebaño un espacio harto significativo.

Mad. de Beaurand no hizo un gesto, ni dijo una palabra á su tía. El concierto empezaba y se sometió pacientemente á su suplicio; pero cuando hubo terminado la primera parte, dijo algunas palabras en voz baja á Mad. Montclar, llamándole la atención acerca de lo sucedido. Ambas se levantaron al ins-

tante, dirigiéndose hacia la puerta, mientras los espectadores se separaban para dejarles libre paso. En medio del mayor silencio y bajo el peso de las miradas de todos, las dos mujeres atravesaron por entre aquella imbecil multitud, regresando en seguida á sus habitaciones.

Estrella, al encontrarse sola con Mad. Montclar la miró, sin que en sus ojos asomara una sola lágrima, diciendo:

- ¿Y ahora? ¿No cree usted que el deber de Raimundo, puesto que no quiso llevarse conmigo, era vivir para protegerme?

XV

El problema que desde aquel momento se imponía, quedaba planteado en estos términos: ¿Era conveniente retirarse para evitar nuevos desaires, ó precisaba mantenerse cara á cara con los calumniadores, afectando para con ellos absoluto desdén.

Mad. Montclar era de esta última opinión.

- ¡Cómo!, decía. ¿Quisieras huir de esas malas lenguas? ¿Les harías el honor de dar importancia á sus habladurías? Pero, hija, la gente no son nada. ¡Qué importa su opinión!

- No son nada, ni existen siquiera para nosotras, respondió tristemente Estrella; pero nosotras existimos para ellos. ¡Se preocupan mucho de lo que hacemos! ¡Son millares y nosotros estamos solas!...

- Pero, al fin y al cabo, interrumpió Mad. Montclar con cierta irritación, cualquiera diría que vivimos en el mundo abandonadas como Prometeo sujeto á su roca. Tenemos amigos, y cuando volvamos á París, los reuniremos alrededor nuestro. Entretanto, me parece que Mad. de Polrey, que no se ha preocupado mucho por ti durante este verano, pudiera darte alguna muestra de simpatía, invitarte á su casa...

Estrella se dirigió á su escritorio, y tomando una carta que en él estaba y que había recibido la víspera, la entregó á la anciana.

Contestando á una carta en que su pupila le daba cuenta de haberse instalado en Saint-Aubin, Mad. de Polrey la felicitaba de que hubiera sabido hallar un punto tranquilo donde concluir lejos del bullicio del mundo los primeros seis meses de su viudez. «Hubiera querido tener á usted en nuestra casa, terminaba diciendo la epístola; pero durante la vendimia se va á llenar de gente, y como además se abrirá pronto el período de la caza, el ruido y movimiento que aquí reinan no convendrían á su reciente luto. Diga usted, pues, á mi buena amiga Mad. Montclar que en cambio cuento con ella y con usted para el próximo otoño.»

La anciana tuvo que asegurar por dos ó tres veces sus anteojos, para poder dar fin á la lectura. Puede decirse que la sangre le hervía en las venas á impulsos de la cólera que le causaban aquellas tranquilas insolencias.

— No se puede poner en la calle á una persona con mayor claridad, dijo devolviendo el pliego á Estrella; yo le probaré á mi vez que hace mal en indisponerse con aquellas de quienes puede necesitar... Sus tres hijas no se han casado aún gracias al cielo, y más de una vez deseará recurrir á mis buenos oficios..., pero encontrará mi puerta cerrada, respondo de ello. ¿La habías, por lo visto, manifestado deseos de ir á verla?

— No, respondió Estrella; pero temía tanto mi visita que de antemano ha adoptado esas precauciones.

— ¡No cabe ya ser más avisada, añadió Mad. Montclar. Pues bien, sobrina, si quieres atender mi consejo, continuaremos aquí dos ó tres días más, para que no puedan vanagloriarse esas cotorras de que te han hecho huir; luego viajaremos á trayectos cortos, dando una vuelta á capricho por Normandía y Bretaña, y en octubre, cuando volvamos á París, pediremos consejo á personas experimentadas. ¡Por muy odioso que seal..

La anciana no concluyó la frase: Estrella se había sentado á su lado y la dirigía una mirada de ternura y de compasión á la vez.

— ¿Crees que estoy desatinando?, dijo Mad. Montclar respondiendo á la mirada de su sobrina.

— Creo, querida tía, contestó la joven, que su corazón está lleno de grandeza y de bondad; pero juzgaba que lo más prudente sería que se separase usted de mí y reanudase sus amistades, sus relaciones y sus costumbres... No soy, ni mucho menos, su sobrina, aun cuando sin cesar me da usted ese título; me conoce usted apenas, como se conoce á las jóvenes en sociedad, y resulta que sin tener el menor derecho al cariño de usted, he amargado su vida con una interminable serie de disgustos y de molestias. Si quisiera usted permitírmelo...

— ¿Quieres entrar en un convento?, interrumpió Mad. Montclar.

— No, no siento para ello fuerzas bastantes, he de confesarlo, repuso Estrella; ha transcurrido aún muy poco tiempo desde que terminé mi educación, y no podría sin profunda pena experimentar de nuevo las impresiones de mi infancia... Pero ¿opina usted que no podría vivir sola, modestamente, como corresponde á mi viudez?

— De esto no hemos de hablar siquiera, dijo con firmeza Mad. Montclar. El apellido que llevas será siempre un obstáculo para tu independencia. Habíamos soñado ser parientes en medio de la alegría; el destino ha querido que esos lazos de cariño se conviertan en causa de sufrimientos: aceptemos su mandato. Permanecerás, querida sobrina, al lado mío mientras viva; luego... será lo que Dios quiera. Además, añadió la anciana con una sonrisa de resignación y de singular vanidad al mismo tiempo, simpático contigo, Estrella, mucho más de lo que hubiera creído; noto en tu modo de ser muchas cosas que me hacen acordar de Raimundo, y no sé de quién más; hay muchísimos puntos de contacto, afinidades particulares entre tu naturaleza y la mía. Sencilla y circunspecta como eres, hubiera sido mi deseo que fueses mi hija...; no hables, pues, de separarte de mí jamás.

Estrella se inclinó, y tomando la mano de su anciana amiga, depositó en ella un respetuoso beso. Mad. Montclar la estrechó entre sus brazos, separándose poco después ambas mujeres silenciosamente.

El programa de vida que se habían trazado, les fué desde el día siguiente muy fácil de realizar.

Andrés Bolvín, sumamente molesto por la desatinada conducta, que ni por un solo momento llegó á prever, de Mad. Barriere, había partido aquella mañana con dirección á París. En cuanto á dicha señora, se encontraba también en una situación apuradísima, pues á su juicio, el pequeño acto que realizara en el concierto no debió nunca alcanzar las considerables proporciones que tomó. No había contado con que eran ovejas imitadoras las que tenía en

torno suyo y resultaba responsable de cuantas consecuencias pudiesen surgir de su actitud.

Su hija mayor, por otra parte, desde que se alejó de la población Andrés Bolvín, no cesaba de dirigirle, llorando, amarguísimos reproches, haciendo todo ello que para distraer un tanto la atención general que en ella estaba fija, se viese en la necesidad de organizar expediciones al interior del país, con lo que evitaba encontrarse con demasiada frecuencia en la playa, frente á frente de la calumniada dama.

La necia actitud de aquella mujer había desconcertado hasta tal punto á todos los bañistas, que no tardó en operarse una reacción de respeto alrededor de Estrella y su tía, quienes al alejarse de Saint-Aubin dejaron en todos los ánimos una impresión de pesar y de disgusto, muy parecida á los remordimientos.

Cuando llevaban dos ó tres días de viaje, la joven viuda empezó á manifestar extraordinaria complacencia en realizarlo. Mad. Montclar era por otra parte una excelente guía, pues evitando las fatigas inútiles, lograba hacer que no pasase inadvertido nada que tuviese algún interés, mostrando en todos los momentos el más sincero deseo de proporcionar distracciones á su compañera. En cuanto á Estrella, no podía tener más aptitud para asimilarse todos los nuevos conocimientos que se ponían á su alcance, pues como quiera que había visto muy pocas cosas bajo la superficial dirección de Mad. de Polrey, sentíase afanosa de instruirse.

Ambas mujeres visitaron detenidamente los antiguos castillos, los templos romanos y las ruinas de todas clases de que Normandía está sembrada, dirigiéndose luego en ferrocarril unas veces y en coche otras, según las circunstancias y los dictados de su capricho, hacia el Monte de San Miguel.

Una tarde, en una vieja carretela de dos caballos atravesaban la vasta llanura de Lessay, dejando atrás después de haberla visitado su magnífica abadía, del más puro estilo romano, y se dirigían á Coutances, extendiendo sus miradas por los arenales llenos de ensortijados juncos que las rodeaban y que aparecían como un inmenso mar oleoso. Estrella aspiraba con verdadero deleite el suave y penetrante olor de los brezos y serpoles que caracterizan el país.

— No sé por qué, dijo de pronto, me acuerdo de Rosalía, la camarera de mi madre; me sugieren su recuerdo arenales como éstos, que no había visto nunca, pero de los que ella me hablaba...

— ¿Vivía por aquí?, preguntó Mad. Montclar.

— No, había nacido en no sé qué punto de Bretaña; he olvidado el nombre del pueblo, pues me lo había dicho; pero son tantas las cosas de mi infancia que no recuerdo ya... y tantas las de que no desearía tampoco acordarme.

Pasado por fin el arenal, los campanarios de la catedral de Coutances se presentaron ante su vista, como una aparición gloriosa, destacándose sobre el dorado cielo del crepúsculo.

Estrella y su tía, después de efectuados los preliminares inevitables hasta quedar instaladas en una fonda, se dirigieron al maravilloso templo de la población, una de las más notables que existen en el mundo.

A pesar de la hora algo avanzada que era, el sacristán se apresuró á proponerles que subiesen á la cúspide del campanario que corona el edificio, con objeto de que admirasen el espectáculo de la puesta del sol, idea que Mad. Montclar, por encontrarse muy cansada, no aceptó, instando en cambio para que lo hiciese á su sobrina, quien tuvo al fin que ceder.

Dejando atrás unos tras otros los estrechos peldaños practicados en el interior del muro, la joven subió largo rato la escalera siguiendo á su guía, sin darse exacta cuenta de que iba ascendiendo, más que cuando llegaba á las angostas aspilleras por las que se filtraba un rayo de luz amarillenta. Por fin, y casi de pronto, se encontró en la plataforma superior y en medio de la luminosa inmensidad.

La impresión que en el primer instante experimentó su ánimo fué muy parecida á la que hubiera sentido si en alas del vértigo se hubiese lanzado al espacio. En torno suyo nada más que una balaustrada con calados; bajo sus pies la población medio envuelta en las sombras del crepúsculo; sobre su cabeza el espléndido cielo de purísimo color azul; á su alrededor el horizonte oscuro en el que los bosques y los vapores de la tierra se confundían en una línea vaga; ante ella, hacia el Occidente, una superficie que parecía estar ardiendo y en la que brillaban placas parecidas á las que produce el vidrio en fusión: era el mar, sembrado de negruzcos peñascos, que tal aparentaban ser desde tanta distancia los islotes; el conjunto veíase bañado de una claridad purpurina y violada que poco á poco iba cambiando de sitios y de tonos...

Estrella sintió apoderarse de su alma una especie de melancolía triunfal. Ante el intenso incendio que parecía tener frente á sus ojos, se acordó de las viudas de la India que se arrojan vivas á la hoguera, para morir junto á los cadáveres de sus esposos; llegando á tal punto la excitación de su fantasía, que un gran islote que se divisaba á lo lejos le pareció un gigantesco mausoleo... ¡Oh! ¿Acaso no hubiera ella deseado desaparecer con Raimundo entre el misterioso abrazo que se estaban dando la tierra y el cielo? No dudaba de que no había sentido por él ningún amor; pero ¿por ventura las viudas, casi niñas, cuyo recuerdo se evocaba en su memoria, sabían tampoco lo que es amar?

«Lo mismo que yo,» se dijo como compadeciéndose á sí misma.

La joven llenó, por decirlo así, su corazón y su vista de aquel maravilloso espectáculo y se dispuso para abandonar la plataforma; pues de hacer más larga su permanencia en ella, se exponía á quedar aprisionada por la obscuridad en la laberíntica escalera. Volvióse al fin, y después de un descenso que le pareció eterno, pisó nuevamente el pavimento de la iglesia.

Cuando acababa de extasiarse en los esplendores del cielo, no pudieron parecerle más sombrías las naves de la catedral, donde no sin algún trabajo pudo distinguir á Mad. Montclar que estaba agachada, mejor que de hinojos, sobre una silla.

Una vidriera del siglo XVI, colocada en uno de los ventanales del templo, llamó la atención de la joven. Iluminada por un reflejo que se hubiera confundido fácilmente con los de la aurora, veíanse pintados en ella gran número de almas en pena, desnudas, con las manos juntas en actitud suplicante, frente á las puertas del Paraíso, teniendo sus rostros macilentos tan intensa expresión de ruego y de angustia, que Estrella sintió acongojarse también su corazón.

Al bajar la vista, sus miradas se fijaron en una sombra que permanecía arrodillada á dos pasos de ella.

Era una mujer de edad madura, con el traje propio de los habitantes de Bretaña ó Normandía é iba envuelta por completo en un ancho manto como los que suelen usar las viudas y las huérfanas, rodeando su cabeza y cayendo hasta cubrirle la frente un capuchón de pliegues, grande y de color negro.

Atraída por la originalidad de aquel traje, monacal hasta cierto punto y de imponente severidad, Estrella se detuvo. El rostro envuelto en telas negras, se levantó, notando la joven que en el suyo y en su vestido de luto se fijaban dos ojos sombríos, cuya expresión al ver á Estrella se transformó repentinamente en trágica, contrayéndose los rasgos de toda aquella fisonomía hasta el punto de adquirir tal semejanza con los de las infelices almas pintadas en la vidriera, que Mad. de Beurand sintió miedo. La hora que era y el lugar donde se hallaba le infundían una especie de terror sagrado, impulsada por el cual fijaba sus miradas interrogadoras en aquel doloroso semblante, cuando de pronto surgió del fondo de su memoria el recuerdo de un ser olvidado.

— ¡Rosalía!, exclamó en voz baja, extendiendo la mano.

La mujer vestida de negro se alejó rápidamente por entre las sillas, desapareciendo entre las sombras, sin responder una palabra.

Estrella se pasó la mano por sus ojos alucinados, y acercándose á su tía salió con ella á la calle.

— Parece que estás emocionada, le dijo madame Montclar.

— Creo que acabo de ver á la camarera de mi madre, respondió la joven, si es que no ha sido una visión de mi fantasía.

## XVI

Al día siguiente una finísima y pausada llovizna impidió que realizasen excusión de ningún género.

Estrella se dirigió á la catedral, sometiendo al sacristán á un riguroso interrogatorio acerca de la entrada á quien creía haber reconocido la tarde anterior. «¿Quién era aquella mujer? ¿Vivía en Coutances? ¿La veía en el templo con frecuencia?» Todas estas preguntas le hizo; pero aquel buen hombre nada pudo contestar..., no se había fijado en ella..., como eran tantas las mujeres piadosas que iban á la catedral para cumplir algún voto y se marchaban inmediatamente..., en fin, no la conocía.

Estrella no pudo, pues, salir de su incertidumbre.

Sin embargo, la joven, después de haber reflexionado detenidamente, quedaba convencida de que ni había delirado, ni fué víctima de un sueño: indudablemente, la que vió debía ser Rosalía. Las costumbres de la antigua camarera concordaban con el he-

cho de que hubiese podido ir á Coutances en cumplimiento de algún voto; pero ¿por qué se manifestó en el rostro de aquélla tan extraña expresión? Estrella abrigaba la seguridad completa de haber sido reconocida, pues no era fácil que la hubiese confundido con otra persona que se le pareciese... Pero ¿tal expresión?... ¿Serían los remordimientos por haberla atormentado durante su desgraciada infancia? La suposición era muy verosímil, así es que la aceptó la joven, pero doliéndose de no haber podido hablar con aquella mujer. Cuando su vida pasada se ofrecía á sus ojos bajo un aspecto tan distinto del que hasta entonces presentaba, hubiera la joven querido preguntar á Rosalía acerca de varios detalles relacionados, no sólo con ella, sino con su madre. Todo fué inútil; la joven viuda tuvo que marcharse de la ciudad con el pesar que ocasionan las esperanzas fallidas, sintiendo de nuevo sobre su corazón el peso de la tristeza, de que durante algunas semanas había logrado substraerse.

Después de haber esperado pacientemente dos ó tres días á que mejorase el tiempo, las dos damas acordaron abreviar su viaje y volverse á París, donde al menos no se verían molestadas por la humedad glacial de los vientos equinocciales que reinaban en las comarcas que venían recorriendo.

Una vez en la capital de la nación, Mad. Montclar cuidó de informarse acerca de quiénes eran las amigas suyas que se hallaban ya en ella ó en sus alrededores, y que no eran por cierto muchas. La anciana se apresuró á visitarlas, siendo objeto en todas partes de la más cordial acogida y obteniendo la promesa de que á su vez irían aquéllas á verla. Con relación á Mad. de Beaurand, las actitudes fueron distintas, según las clases y temperamentos de las familias: unas procuraron adquirir informes con una curiosidad mal disimulada; otras, por el contrario, afectaron hablar de ella lo menos posible; pero en conjunto, Mad. Montclar adquirió la plena certidumbre de que su sobrina estaba gravemente comprometida.

— Escuche usted, dijo á una de sus más antiguas amigas que había ido á visitar en el barrio de Saint Germain: es preciso tomarme como soy, bien lo sabe usted creo, después de los cuarenta y tantos años que hace que nos conocemos. Pues bien: estoy con y para mi sobrina, y con ella permaneceré hasta el fin; es preciso, pues, si me profesa usted afecto, mantener con ambas cordiales relaciones.

— Querida amiga, contestó aquélla, voy á expresarme con una franqueza igual á la suya. Si estuviese sola, desafiaria al mundo al lado suyo; pero tengo un hijo casado y un yerno, y no me es posible exponer á las esposas de ambos á molestias que no se sabe cómo pueden terminar. Iré á ver á usted con mucho gusto, particularmente; iré á sus recepciones por las tardes, pero no me exija usted que lleve conmigo á mi hija ni á mi nuera...

— Y no me traiga usted tampoco á su sobrina, ¿verdad? He comprendido, interrumpió Mad. Montclar. Hace un año, seis meses nada más, ese lenguaje me hubiera indignado; pero recientemente he adquirido mucha indulgencia para las pequeñas... debilidades, y por cierto que es Mad. de Beaurand quien me ha enseñado esa virtud. No me sentiré, pues, contra usted por lo que acaba de decirme; he de agradecer á usted asimismo que me conserve afecto bastante para seguir sosteniendo relaciones conmigo; pero eso no ha de impedirme creer que á mi edad y después de cuarenta años de amistad recíproca, me considera usted lo suficiente imbécil para haberme unido á una mujer indigna de mi cariño; pues ese, si no he comprendido mal, es en el fondo el pensamiento de usted.

Su amiga, después de algunos rodeos, vino á confesar que, en efecto, tal era lo que en rigor había venido á decir.

— Pues bien, querida, no deseo por cierto que ocurra en su familia una catástrofe semejante; pero si tal sucediese, haría votos por que la mujer de quien se tratara fuese como Mad. de Beaurand. De todos modos, cuando usted guste visitarme, será siempre bien recibida en mi casa.

Después de dos ó tres visitas del género de ésta, Mad. Montclar se creó un regular número de personas dispuestas á compadecerla, que es una de las peores formas que la malevolencia puede adquirir.

A pesar de todo, la anciana mantenía su frente alta, á impulsos de su carácter despótico y caballeresco, que le daba en las circunstancias críticas una actitud heroica y altanera, bien digna ciertamente de su noble raza. Sin embargo, no se le ocultaba cuán débil era su situación. Cuando en una familia sólo hay un descendiente varón, todo se derrumba, y esto era lo que había sucedido á los Beaurand, aun dejando aparte el formidable ruido que produjo

la catástrofe en que desapareció Raimundo. Para sostener á dos mujeres solas, era necesario el brazo de un hombre que no existía; de aquí que, después de muchas vacilaciones y sin consultar á Estrella, que no hubiera sido de su parecer probablemente, Mad. Montclar escribiera una larga carta á Teodoro Benoist suplicándole que fuese á verla.

«Ha sido usted — le decía — el mejor amigo de Raimundo, y en este concepto le ruego que venga en socorro de la que ha reemplazado á su madre y de su viuda.»

Cuando recibió esta carta, Benoist se hallaba dedicado por completo á la vendimia. Una cosecha excepcional hacía que cayesen en los lagares como un río amarillento los racimos que chasqueaban alegremente bajo la presión de los husillos, mientras de las cubas se derramaba generoso mosto, cuyo olor llegaba hasta el ribazo, embriagando á los robustos mozos y á las bonitas muchachas ocupados en la vendimia.

Teodoro Benoist estuvo reflexionando cerca de media hora, con la carta de Mad. Montclar en la mano. Luego se dirigió en busca de su madre, que se hallaba sentada en una silla de anea viendo subir al punto donde estaban los lagares la procesión, por decirlo así, de vendimiadores y vendimiadoras, inclinados bajo el peso de los cuévanos, de los que se derramaban aquí y allá los racimos.

— Mamá, dijo empleando esta infantil palabra, á la que tenía por costumbre dar un tono de tan tierna confianza, que no sentaba mal en sus labios de hombre, ¿quieres leer esto?

La anciana viticultora dirigió una mirada penetrante á su hijito, que volvió la cabeza hacia otro lado, y leyó la carta lentamente y con suma atención. La sencilla y clara escritura de la tía de Estrella no le parecía difícil de descifrar, pero deseaba hacerse cargo de las palabras más insignificantes.

— Creo, hijo mío, dijo doblando la carta y devolviéndola á Teodoro, que hay para ti en París muchos sufrimientos y dificultades; pero ya sabes lo que te he dicho: no tengo á la viuda de tu amigo por una criminal. Su tía es de mi opinión, y me parece que somos nosotras las que acertamos. Aun cuando es esta la época de más trabajo y me haces mucha falta, ve á ver lo que quieren de ti y haz lo que puedas. Esas señoras están solas en el mundo, más aún que solas, puesto que el mundo es malo para con ellas... Pórtate como hombre, y sé, sobre todo, justo. Luego, cuando puedas, vuelve, que hay aquí trabajo y soy ya muy vieja para hacerlo sin tu ayuda como en otro tiempo.

Al pronunciar estas frases, la anciana miró á los vendimiadores, que en nunca interrumpida hilera seguían subiendo hasta los lagares para volver á bajar en seguida con paso rápido, riendo y bromeando.

— Comprendo á usted y le doy las gracias, dijo Teodoro inclinándose con ternura.

— Aguarda, hijo mío, todavía una palabra. Te he dicho que hay para ti en París muchos pesares: los hay de todas clases; esa dama pertenece á una gran familia y no pensaría nunca en un viticultor.

— ¡Ah, madre!, exclamó Teodoro con tono ligeramente rudo, no se trata de semejante cosa. ¿No le he dicho á usted la idea que no puedo borrar de mi imaginación? ¡Harto lo sabe ella! Yo no puedo llegar á quererla, pero estoy seguro de que me detesta.

— Bien, hijo mío, soporta tus penas, y si son demasiado pesadas ven á contárselas á tu anciana madre, que no podrá consolarte porque para esos dolores no hay consuelo, pero que te amará, y eso ayuda á sufrir.

Como se hallaban en presencia de tantos jóvenes y muchachas, gente toda de buen humor, madre é hijo no se abrazaron como era su deseo, contentándose con cambiar una larga mirada, llena de significación y de ternura.

— Entonces, saldré en el tren de las cinco, dijo Teodoro. Son las cuatro y tengo tiempo todavía.

El joven se dirigió á la casa, saliendo poco después de ella, dispuesto para el viaje. Se había quitado el traje de pana marrón, usado habitualmente por los cazadores y los propietarios rurales, y aparecía correctamente ataviado, como todo parisiense que se respeta á sí mismo.

— Me gustas más del otro modo, le dijo su madre al verle. Así tienes el aire de un caballero, y con aquel traje pareces mejor mi hijo, un viticultor, como tu padre,

— De todas maneras, madre, no dejo de ser siempre su hijo, contestó Teodoro abrazándola con respeto.

Los vendimiadores se habían quedado parados junto á los lagares, sorprendidos al verle con la malleta en la mano.

— ¡Hasta mañana, muchachos!, les gritó el joven.

No se ha acabado el día; el sol os calentará aún dos horas, y los lagares piden sólo trabajo.

Todos contestaron con un alegre «buenas tardes,» formándose otra vez inmediatamente las hileras á lo largo del ribazo.

— Vuelve mañana ó cualquier otro día, le dijo su madre acompañándole hasta la puerta del patio; sabes lo que debes hacer y nada tengo que decirte.

El joven le dirigió una mirada de infinita ternura.

— Es usted una verdadera hija del buen Dios, le dijo en voz baja; mi padre le debió su felicidad, y yo me siento orgulloso de ser su hijo. Ve, mamá, ve á reinar sobre todo ese pueblo que te respeta y te ama; con tu cofia blanca, eres más reina que las que ciñen una corona.

El joven la abrazó todavía una vez, y se detuvo algunos momentos para verla alejarse. Con paso rápido la anciana se dirigió hacia los lagares, dirigiendo al pasar una frase de elogio á uno, otra de censura al de más allá, pero siempre sin adulación ni acritud, hasta que fué á sentarse donde antes estuvo, dorando todo su cuerpo los rayos del sol poniente y rodeada de vendimia y de banastas como una Pomona rústica en todo el esplendor de su campestre divinidad.

— ¡Querida y santa madre!, murmuró Teodoro con acento de verdadera adoración.

Entretanto, apareció la locomotora junto á la orilla del Loire, despidiendo un penacho de humo y lanzando agudo silbido que repetían los ecos.

Teodoro comenzó á correr, llegando á la estación al mismo tiempo que el tren... Al cabo de algunos instantes se ponía en camino para París, dirigiendo una última mirada al ribazo donde tenía su viña, sobre la que las últimas luces del crepúsculo formaban una hermosísima aureola.

## XVII

Cuando se presentó en casa de Mad. Montclar, Teodoro se sentía bastante emocionado. En la cartera llevaba el paquetito que le entregó Bolvin, y en una bolsita aparte el famoso sobre. ¿Por qué lo había separado? No hubiera podido decirlo; pero repetidas veces se había dicho que su deber era entregarlo inmediatamente; y sin embargo, no lo había hecho.

Mad. Montclar le recibió en sus habitaciones particulares, mostrando al verle cierta efusión, muy distinta por cierto de la actitud algo fría que para con él observaba en otro tiempo. Desde el primer instante Benoist se convenció de que la dama estaba muy cambiada: el golpe que sufriera al morir su sobrino había continuado causando efectos, aun entonces que parecía haberse repuesto un tanto, siendo evidente para quien no la hubiese visto en algún tiempo que su salud debía hallarse gravemente quebrantada.

— Le he suplicado á usted que viniese, dijo la dama, á pesar de los perjuicios que le ocasiona este precipitado llamamiento, porque me veo en un conflicto, del que no puedo salir sola. No es que me falten consejos, pues tengo antiguos amigos y hombres de experiencia; pero he podido convencerme de que los primeros se preocupan muy poco de mí y los segundos nada tienen que hacer á mi lado. Usted quiso á Raimundo; creo haber dado á usted muestras bastantes de cariño y amistad para que le inspire algún efecto; ayúdeme y se lo agradeceré vivamente.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento tranquilo, por más que la voz de la anciana temblaba ligeramente y en su rostro se reflejaba, á pesar de todos sus esfuerzos, la profunda emoción que sentía. Teodoro, conmovido, se apresuró á asegurarle que podía contar en absoluto con su lealtad, rogándole al mismo tiempo que le dijese lo que de él esperaba. Mad. Montclar le refirió lo ocurrido en el concierto de Saint-Aubín y le dió cuenta del recibimiento que le habían dispensado sus amigos.

— Es evidente, concluyó diciendo la anciana, que la vida social no va á ser posible durante este invierno para nosotras; mas sea como fuere, no permitiré nunca que miserables calumniadores opongan obstáculos á mi existencia entre mis semejantes. Desde que nací hasta hoy he ido siempre por el mundo con la frente alta, y lo mismo pienso que ocurra hasta mi muerte. Quieren que abandone á Estrella y no he de hacerlo; es una Beaurand, lleva el apellido de mi padre, y esto solo sería bastante para que la protegiese, si ella por su parte no mereciera, como merece, toda clase de respetos.

Teodoro la había escuchado con atención, y permanecía como esperando que dijese algo más; pero al ver que la dama guardaba silencio, dijo:

— ¿Qué desea usted de mí, señora?

(Continuará)

## EL AVIADOR DE M. ROZE

De los inventores que persiguen la solución del problema de la navegación aérea, unos construyen globos y tratan de dirigirlos; otros sólo tienen fe en los aparatos más pesados que el aire: el aviador Roze es un término medio entre estas dos soluciones extremas, participando de las ventajas y también de los inconvenientes que presentan una y otra.

En el estado actual de la ciencia y de la industria de los motores ligeros, sería indudablemente difícil disponer un aeroplano completamente autónomo, es decir, susceptible de elevarse por sus propias fuerzas. Librémosle de una parte de su peso, se ha dicho el inventor, y para esto suspendámosle a un globo que le servirá de cinturón de salvamento, á la manera de las planchas de corcho que los malos nadadores se atan al cuerpo. Y de este modo M. Roze reduce á 80 ó 100 kilogramos la preponderancia del peso del conjunto, estimando que le será fácil levantar tan pequeña carga por medio de hélices.

¿Es esto una buena idea? ¿No sería mejor, desde el momento en que se recurrirá á la ayuda de un globo, hacer que éste levantara toda la carga y procurar dirigirlo por los medios más sencillos?.. El experimento definitivo responderá á todas estas preguntas, si no se quiere considerar como concluyentes los primeros ensayos recientemente realizados por el inventor. De todos modos, no debe desanimarse á los inventores que se apartan de los caminos conocidos, porque el progreso sale, á veces de un modo imprevisto, de todas las ideas que hierven en el cerebro humano, aun no siendo todas estas ideas igualmente juiciosas y prácticas.

Por otra parte, el momento es favorable á los descubrimientos y las cosas relativas al aire están á la orden del día. Se celebran *interviews* con los inventores y se les retrata sin esperar que el éxito corone sus esfuerzos, sin duda porque sus tentativas parecen de todos modos laudables, puesto que denotan en sus autores una singular valentía y unos recursos que no están al alcance de todo el mundo.

Veamos en qué consiste el aviador que M. Roze construye en su vasto cobertizo de Colombes, y que no es una improvisación hecha á la ligera, sino el resultado de muchos años de gestación.

Examinémoslo primero en conjunto. El aparato de sustentación se compone de dos enormes globos pisciformes, de 45 metros de largo por 7'50 de diámetro, cada uno de los cuales contiene 1.350 metros cúbicos de hidrógeno; estos globos, engimelgados uno al lado del otro por medio de dos series de tres traviesas tubulares de aluminio con un sistema de puntales y tirantes que aseguran la invariabilidad del armatoste, dejan entre sí un espacio suficiente para la instalación de la barquilla, de las máquinas y de los diversos aparatos de propulsión y dirección. En las partes altas del armazón hay doce bastidores cubiertos de seda y dispuestos paralelamente, que, como luego veremos, pueden hacer las veces de paracaídas.

Los globos, cuya longitud es igual á seis diámetros, como el globo Renard, están formados por una

envoltura de tela tendida sobre un armazón metálico constituido por una serie de paralelas circulares de tubos de aluminio que unen los arcos meridianos de la misma índole. Un cono de aluminio asegura á la punta toda la rigidez deseable.

Sabido es que en globos tan grandes se forman enormes olas gaseosas que exagerando el cabeceo pueden poner en peligro la estabilidad. A fin de ope-

traviesas. En el centro del piso inferior se encuentra un salón separado por un tabique de seda del camarote dispuesto en la proa para el capitán, que desde allí puede gobernar los varios timones. El maquinista, por el contrario, está en el puente junto á las máquinas. La fuerza motriz la proporcionan dos motores de petróleo de dos cilindros y de enfriamiento hidráulico. Cada uno de estos motores puede desarrollar 10 caballos, ó sea un total de 20 caballos. Una de estas máquinas está especialmente destinada á mover, á razón de 250 vueltas, las hélices horizontales que sirven para el movimiento ascensional; pero puede reunirse toda la fuerza motriz en las hélices propulsivas, cuya velocidad llega entonces á 300 vueltas en plena potencia.

Las hélices propulsivas son dos, una en la proa y otra en la popa; tienen 3'40 metros de diámetro y un paso de cinco metros. Las dos hélices horizontales que producen el movimiento ascensional son parecidas y están colocadas debajo de la barquilla.

El timón de dirección está situado en la popa y directamente en el viento de la hélice de proa. Hay además cuatro timones horizontales que hacen las veces de aletas y están destinados á regularizar la inclinación del aparato y

seguramente también á contrarrestar el vaivén que puede producirse con dos globos conjugados.

Pero hay que preverlo todo, incluso el caso en que las hélices ascensionales se negaran á funcionar; si esto sucediera, el aviador caería á causa de su exceso de peso (unos 100 kilogramos) y la velocidad de su caída se aceleraría de una manera exagerada. Para evitar cualquier accidente, M. Roze ha combinado un paracaídas que ha de funcionar automáticamente al verificarse el descenso; este paracaídas se compone, según hemos dicho, de doce tiras de seda de cuatro metros de largo por 90 centímetros de ancho fijadas en bastidores ligeros y sólidos que pueden oscilar alrededor de su arista horizontal superior. Cuando el globo sube, estas tablas penden verticalmente y no oponen ninguna resistencia; pero cuando se

inicia la marcha hacia adelante, ceden al empuje del aire, se inclinan hacia atrás, y si el globo desciende, la resistencia del aire, por poco que el movimiento se acelere, es suficiente para levantar por completo dichas tablas, que entonces se ponen en un mismo plano horizontal ó débilmente inclinado sobre el horizonte. De este modo se tiene, no sólo un paracaídas, sino además un verdadero aeroplano que, combinado con las hélices sustentadoras y directrices, permitiría los más variados cambios de posición, por propulsión directa y por deslizamiento en el aire.

Por esta sumaria descripción puede formarse idea del modo de funcionar del aviador y formular, al mismo tiempo, algunas observaciones.

El empleo del aluminio para el armazón, en el que no entran menos de 3.600 metros de tubos, ha per-

mitido reducir el peso á un mínimo relativo, que alcanza, sin embargo, á 2.600 kilogramos. Cargado el aparato con los viajeros, su peso excede de 80 á 100 kilogramos á la fuerza ascensional del gas; pero este residuo de gravedad lo quiere precisamente el inventor y forma parte de su sistema. Desgraciadamente,

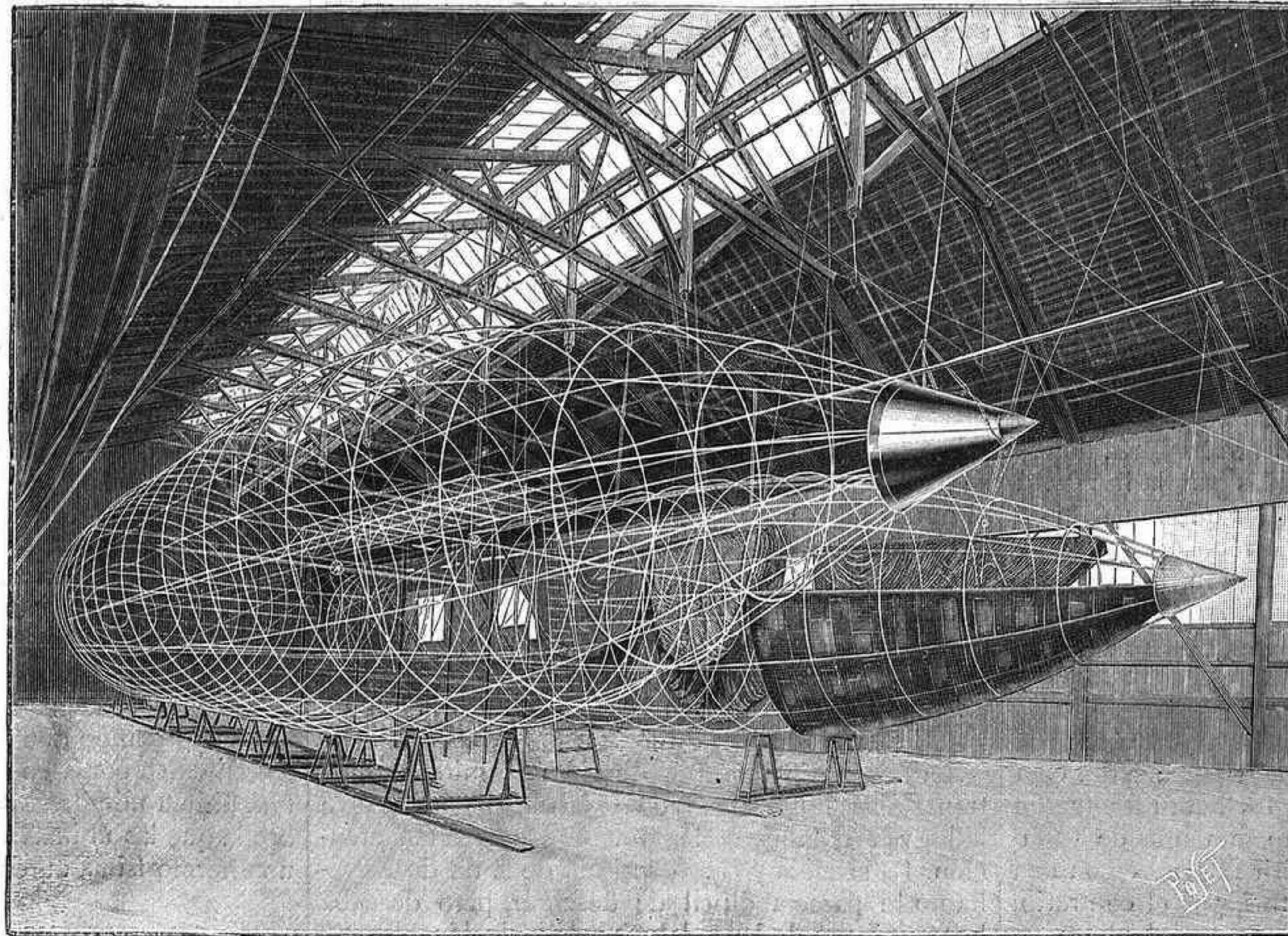


Fig. 1. - Armazón de aluminio del aviador Roze

nerse á estos movimientos de flujo y reflujo se ha pensado, desde hace mucho tiempo, en poner tabiques en el interior de los aerostatos: el del conde Zeppelin, con una longitud de 134 metros, tenía 17 compartimientos; M. Roze, adoptando el mismo procedimiento, ha dispuesto en cada uno de sus globos 12 celdas separadas por diafragmas transversales de seda. Estos tabiques van provistos de válvulas automáticas que permiten establecer el equilibrio de la presión. Es igualmente indispensable que haya siempre la misma presión entre los dos globos conjugados si se quiere que se mantengan en el mismo plano de navegación, por lo que ha sido preciso ponerlos en comunicación por medio de seis traviesas horizontales del armazón formadas por grandes tubos de aluminio.

En el plano de las tres traviesas inferiores, varias

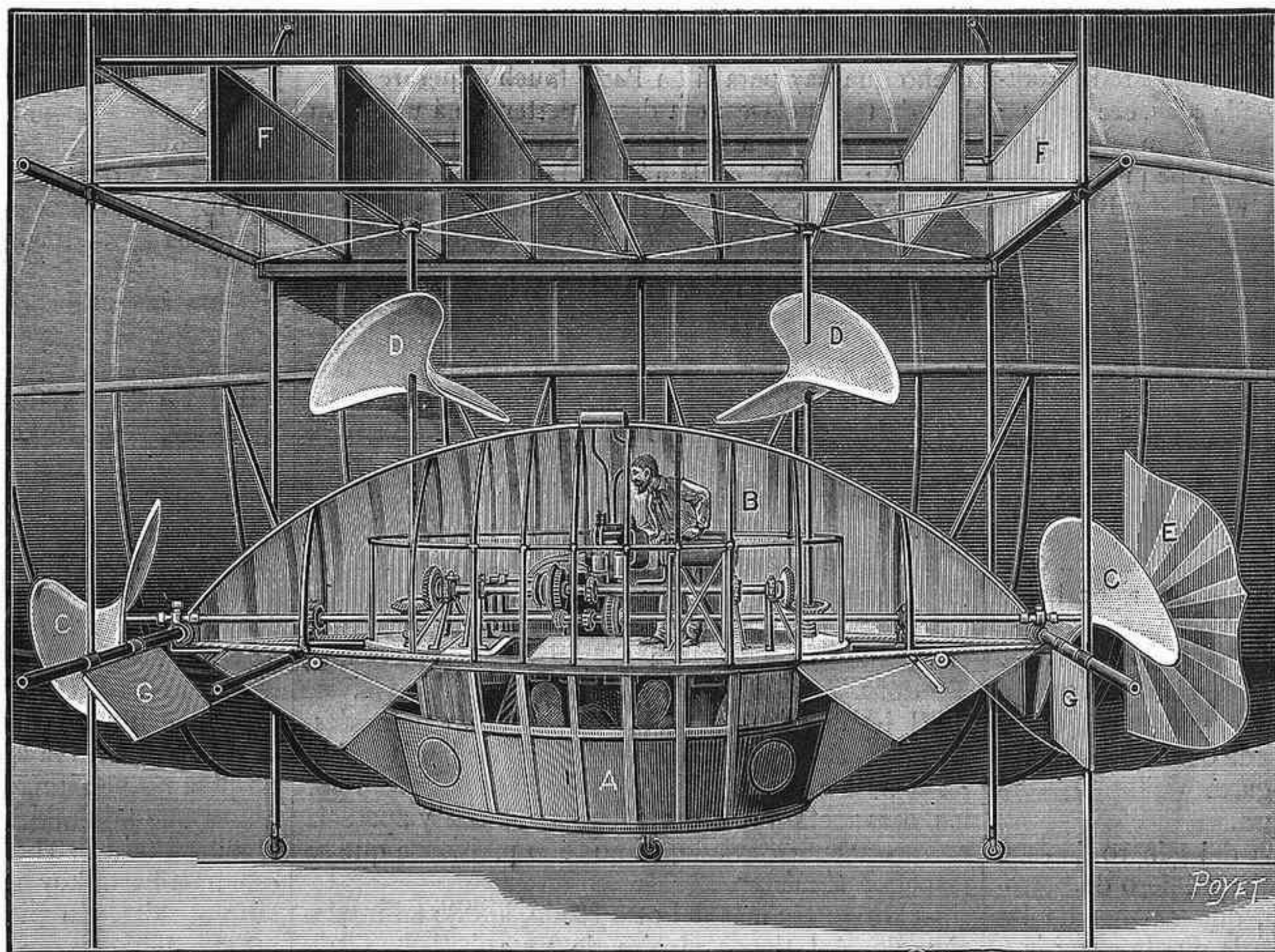


Fig. 2. - Vista de la barquilla, sección longitudinal

piezas cimbradas dibujan las aristas del puente de la barquilla, cuyo ligero armazón está encorvado en forma de quilla de 12 metros de longitud, mientras que encima del puente algunas armaduras sostienen una tienda. El puente divide de este modo la barquilla en dos pisos situados á una y otra parte de las

los primeros ensayos han demostrado que se excesivo. El armazón metálico tiene además considerables inconvenientes: la resistencia del aire está considerablemente aumentada por las arrugas que el armazón dibuja en la envoltura y sobre todo por las piezas aparentes del mismo. El coronel Renard ha hecho precisamente pruebas en extremo sugestivas acerca de la parte que en esta resistencia corresponde á las suspensiones y á las cuerdas; pero M. Roze, lejos de reducir la superficie de estos órganos, les ha dado una gran importancia por la necesidad de sujetar sólidamente los globos por medio de tubos de gran diámetro. El mismo paracaídas opondrá una gran resistencia al movimiento horizontal, añadiendo una parte de su superficie á la enorme sec-

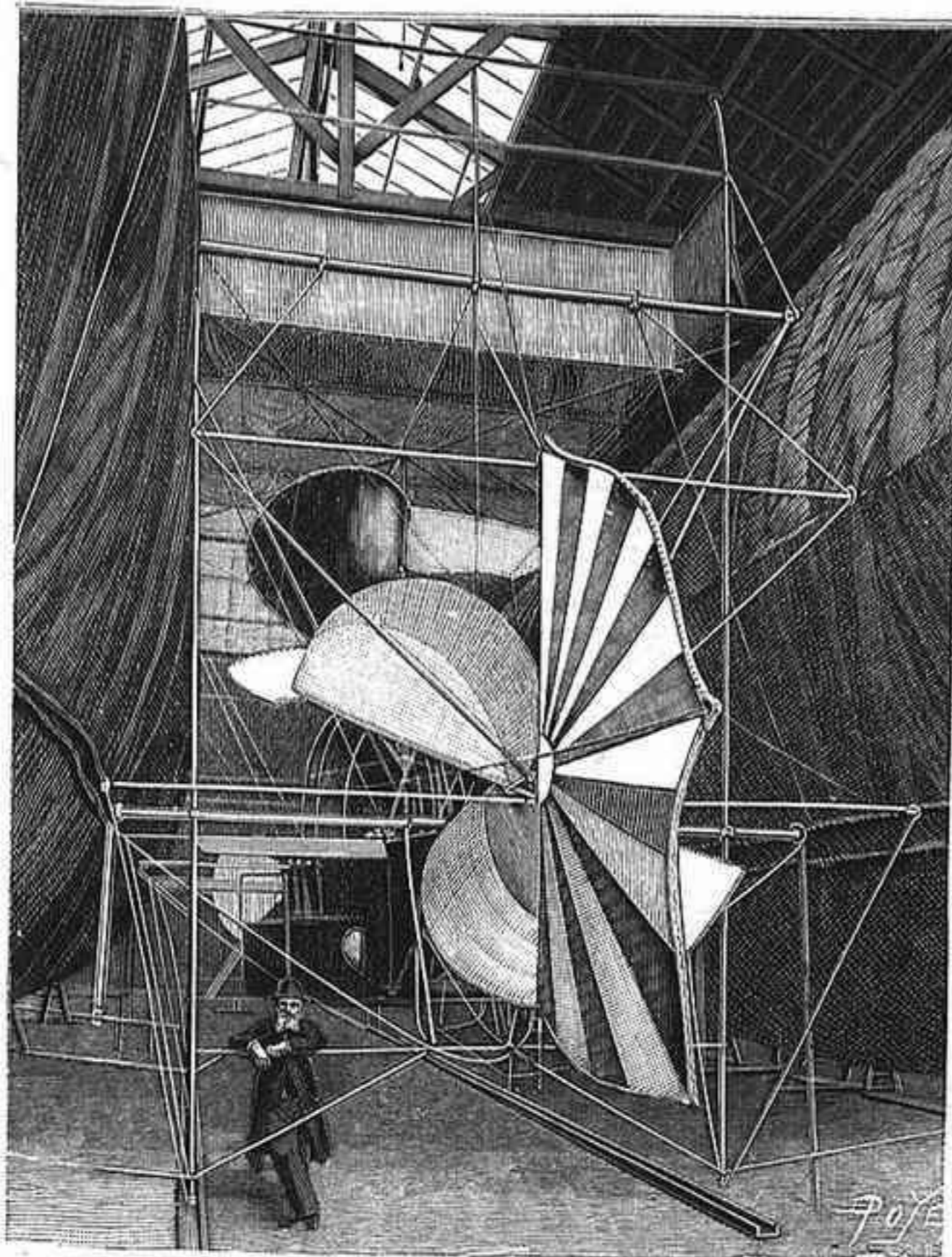


Fig. 3. - Vista de la parte posterior de la barquilla, con el timón, la hélice y el paracaídas

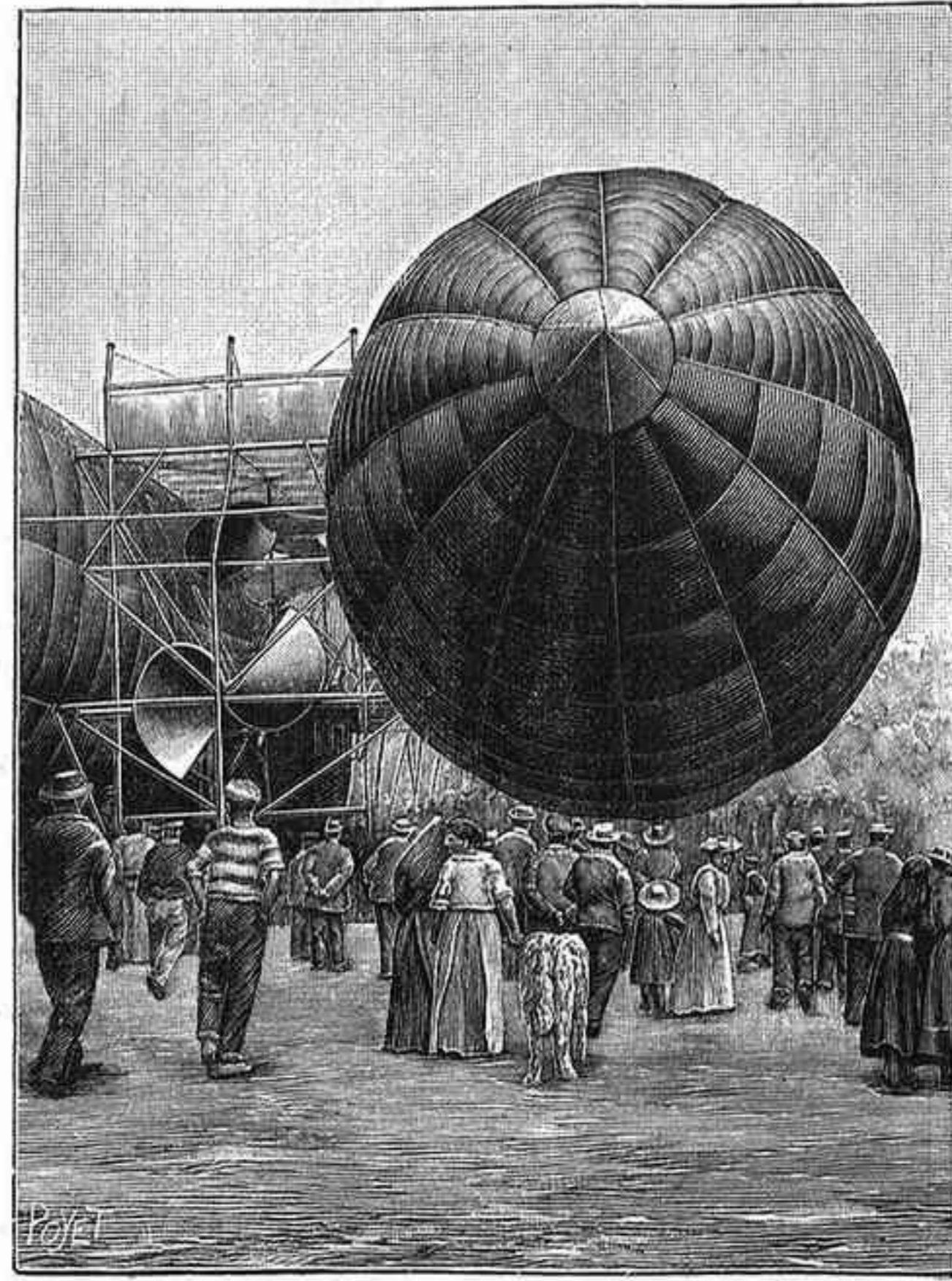


Fig. 4. - Vista del aviador Roze colocado de frente

ción de la cuaderna maestra en el doble aerostato. Bastaría comparar la fuerza motriz por metro cuadrado de la cuaderna maestra en el aviador Roze y en los globos ya ensayados para comprender que es muy débil y que no podrá dar sino una velocidad horizontal muy reducida. Otro grave defecto del sistema consiste en la gran dificultad que ofrecerá el hacer estancias las muchas juntas en los puntos en donde los tubos penetran en la envoltura. Estas reservas de carácter general no impiden que reconozcamos el ingenio del inventor para resolver los numerosos problemas planteados por una concepción bastante nueva, y sólo nos resta desear de todas veras que el éxito más completo recompense tantos esfuerzos.

G. ESPITALIER.

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

# QUINA-LAROCHE

Premio de **16.600 francos** Siete Medallas de **ORO**

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

**no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.**

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

## Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**

BAJO LA FORMA DE **ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**PILDORAS DEFRESNE**  
A LA **PANCREATINA**  
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

**DIGESTIVO** el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

**POLVO - ELIXIR**  
En todas las buenas Farmacias de España.

**ENFERMEDADES ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON**

en BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Francos 5 fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

GANDES et Cie. B<sup>st</sup>-Donaig

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los **Elujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espustos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho**, **Catarros**, **Mal de garganta**, **Bronquitis**, **Resfriados**, **Romadizos**, de los **Reumatismos**, **Dolores**, **Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, emplease el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA MALA VIDA EN ROMA, por Nicéforo y Sighele. — Acaba de publicarse en Madrid, editada por D. B. Rodríguez Serra, esta obra de los célebres criminalistas italianos A. Nicéforo y E. Sighele. Dicho libro, de lo más notable en su género, es un completo relato de la mala vida en las grandes ciudades, y estudia á los vagabundos, hechiceras, ladrones y demás gente perdida, así como á los mendigos, su jerga, sus bailes y sus cantos, todo en forma tan amena y científica á la vez, que obliga al lector á no dejar tan interesante lectura una vez empezada. Esmeradamente traducida por D. J. M. Llanas Aguilaniedo, véndese la obra á tres pesetas.

VEINTE DÍAS EN PARÍS, por Luis Coll y Espadaler. — El autor de este libro, que formó parte, como dibujante y por delegación del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, de la comisión obrera española en París durante la Exposición de 1900, ha reunido en él las impresiones allí recibidas, no li-

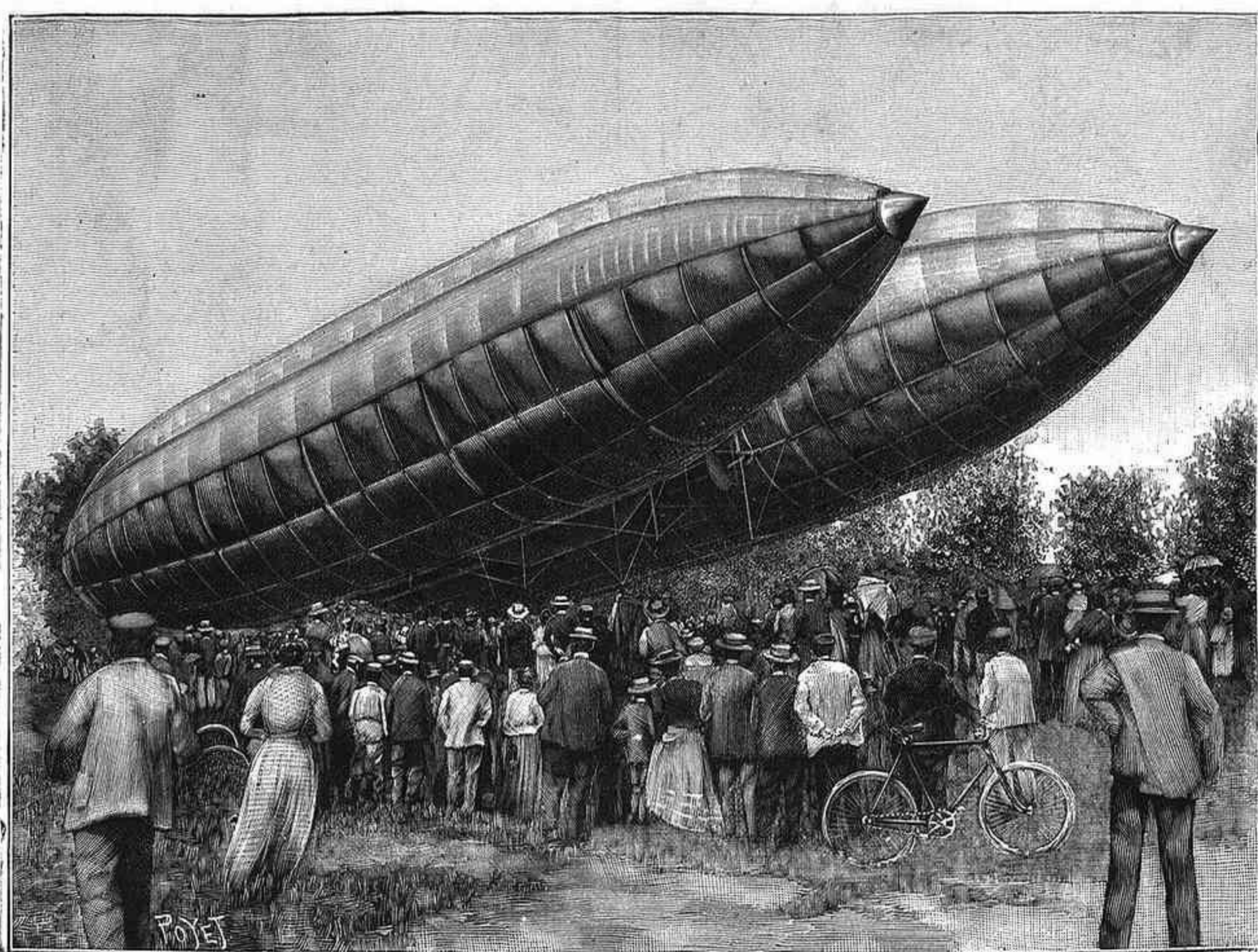


Fig. 5. — Vista en conjunto del aviador Roze, durante un ensayo de elevación (Véase el artículo de la pág. 710)

mitándose á narrar lo que vivió en el gran certamen internacional y en la hermosa capital francesa, sino comentándolo con atinadas observaciones. Su obra no es la del turista curioso, es la del hombre que tanto como al recreo de los sentidos atiende á las necesidades del espíritu, deduciendo de cuanto á sus ojos se ofrece provechosas enseñanzas. El libro ha sido impreso en Vich, en la Tipografía Vicense.

ORGANOCRAFÍA MUSICAL ANTIGUA ESPAÑOLA, por Felipe Pedrell. — Formando parte de los «Manuales Enciclopédicos Gili» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Juan Gili, se ha publicado esta obra de nuestro ilustre paisano, que es un verdadero portento de erudición y en el cual se halla reunido todo cuanto se refiere al instrumental antiguo. En ella se enumeran y describen los instrumentos y se explican su construcción y el acoplamiento polifónico de los mismos, y al pasar revista de todas estas materias y de los documentos en que el Sr. Pedrell apoya sus asertos, asombra el trabajo que ello representa y se admira una vez más el talento de su celebrado autor. El libro lleva un índice alfabético y varios grabados.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B<sup>na</sup> BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FOMBEZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS RES.  
**JORET & HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
Empleado con el mejor éxito  
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
Medalla de Oro de la S<sup>ca</sup> de F<sup>ca</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los SERS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 RUALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C<sup>ia</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**HARINA lacteada NESTLÉ**  
Proveedor de la Real Casa  
26 Diplomas de Honor.  
31 Medallas de Oro  
**ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS**  
Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

**CREME DE LA MECQUE DUSSEY** MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA  
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.  
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS  
Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazars.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN